

# La Ilustración Artística



# Artística

Año XXXII

BARCELONA 6 DE ENERO DE 1913

Núm. 1.619



La eminente tiple **MARÍA BARRIENTOS** que, antes de emprender su excursión artística por las principales ciudades de Europa y América, ha dado una serie de representaciones en el Teatro Principal de esta ciudad, habiendo sido objeto de las ovaciones más unánimes y entusiastas. (Fotografía Talbot, de París.)

## SUMARIO

**Texto.** - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *María Barrientos*. - *Las dos primas*, por E. Devretón. - *Asociación de Dependientes de Comercio de la Habana*. - *La cuestión de Oriente*. - *Santa Cruz de Tenerife. Gran festival infantil*. - *El alumbrado del Canal de Panamá*. - *Eduardo Detaille*. - *Barcelona. «Romeo y Julieta» en Novedades*. - *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). - *Los agraciados con los premios Nobel*. - *Libros*.  
**Grabados.** - *María Barrientos*. - Dibujo de Tamburini que ilustra el cuento *Las dos primas*. - *Laura*, cuadro de A. Fabrés. - *Asociación de Dependientes de Comercio de la Habana* (lámina). - *Una sesión de la Conferencia de Londres*. - *Santa Cruz de Tenerife. Festival infantil*. - *Concierto íntimo*, cuadro de R. Ribera. - *El Fado*, cuadro de José Malhoa. - *El sistema de alumbrado del Canal de Panamá. Válvula solar*. - *Eduardo Detaille*. - *Barcelona. Una escena de «Romeo y Julieta» en el Teatro Novedades*. - *Los agraciados con el premio Nobel en 1902*. - *El Trabajo*, obra de León Barnechea.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al tratar de «la vida contemporánea» tratemos alguna vez, y aunque sólo sea incidentalmente, de la muerte contemporánea, de los accesorios que la rodean y acompañan. Y séame permitido declarar que no conozco nada más feo, nada más frío y convencional, que todo lo referente a pompas fúnebres.

Las consabidas carrozas de gala, con sus jaeces y sus lacayos «a la Federica», pertenecen al género grotesco, de zarzuela barata y compañía de la legua. Cuanto más ostentosa es una de esas carrozas o «coche estufa», más ridícula la encuentro.

Las coronas fúnebres tampoco han llegado a persuadirme y, ante todo, encuentro que se prodigan de una manera inconsiderada. ¿Qué significa una corona fúnebre? Sin duda algo de distinción entre muerto y muerto. La Iglesia Católica, con su profundo sentimiento de la igualdad de las almas ante la vida futura, concede a los fieles, sin categoría, las mismas preces, los mismos sufragios. Pero la antigüedad pagana, en su sentido enérgico de la gloria y grandeza, no brindaba sino a los muertos ilustres las palmas y las coronas que significan la victoria sobre el olvido y la indiferencia de las edades venideras - la fama póstuma. Nosotros lo hemos arreglado, cubriendo de coronas todos los féretros, sean de quien fueren, sin preguntar lo que la corona representa. La prodigalidad en las coronas responde a la de las estatuas. Grima da ver qué estatuas se erigen. Cada época y cada pueblo tienen las estatuas que merecen tener...

Volviendo a las coronas, diré que son una costumbre excelente para que prosperen determinadas industrias, floristas, quincalleros, etc. Todavía las coronas de flores ofrecen algo de poético, mucho de perfumado, no poco de grato y simpático a los ojos, ¡pero las otras! Las de siemprevivas, término medio entre la flor y la quincalla, son una especie de bacalao o conserva floral de lo más antipático que se conoce. Luego aparecen los pensamientos artificiales, lúgubres, que suscitan la imagen de una cabeza llena de ideas vulgares sombrías; las violetas, sin aroma, tiesas, convencionales; las variaciones de la gasa, la pluma y el canutillo, que recuerdan las labores cursis y amaneradas de los colegios de señoritas; los follajes de zinc, aluminio y otras parodias de preciosos metales; y ni por casualidad, entre tanto *cliquant* mortuorio, asoma algo bello, algo original, rico y espontáneo que sea fruto del sentimiento propio y no de la rutina comercial de la tienda. La gente va a comprar su pena y su recuerdo, fabricados ya según formulario a precios altísimos, porque una de las reglas fijas, en la materia de que trato, es que todo lo necesario para que nos envíen decorosamente a nuestra última morada, debe costar las setenas, y el saqueo lícito es una de las costumbres más arraigadas en tan tristes casos.

Pareceré muy anticuada en mi criterio. Considero más respetuoso, más noble, el viejo sistema de llevar a hombros el despojo que vamos a entregar a la tierra madre. Ese último tributo de cariño lo reciben personas a las cuales algún lazo de amistad, alguna relación de compañerismo o siquiera de dependencia unió con el fallecido. Es menos venal, o no es venal en absoluto, tal modo de conducir; y no caben los desacatos de los sepultureros y acompañantes de oficio, fumando, profiriendo interjecciones, y hasta subiéndose a la carroza para ir cómodamente sentados sobre el ataúd - apenas creen que nadie los verá, que nadie defenderá contra la profanación el pobre cuerpo que ya se aparta del ruido mundano... Yo he visto en Madrid, muchas tardes, dirigirse las carrozas, las humildes, de tercera o cuarta clase - no sé nunca distinguir las categóricamente -, a las apartadas necrópolis. Y he sentido indignación, tristeza, cólera, al ver como - habiéndose retirado ya los que tenían un deber, familiar o moral, de velar por los restos -, los enterradores se conducían lo mismo que

puede conducirse el carretero que portea seras de higos o sacas de cebada para el mercado...

La costumbre francesa, de que los parientes más próximos vayan con el muerto hasta el cementerio mismo, y no le abandonen sino cuando ha sido depositado en paz, la encuentro más tierna, más natural que la española, - hablo de generalidades, ya sé que hay excepciones de quedarse en casa. Esa compañía hasta el último instante, significa el deseo de no separarse, sino cuando no hay otro recurso, de la persona querida.

En las grandes ciudades, estas ceremonias postizas revisten un carácter de frialdad mayor que en los pueblos pequeños y en el campo. En el campo sobre todo, se me figura que los entierros son cristianos y corresponden a la solidaridad humana. Los que juntos viven se congregan para acompañar y honrar al que con ellos vivió también, al vecino, al hombre de su parroquia. Todos ponen el hombro, y, los que no llevan el peso de la caja, descubiertos, callados, zapateando por los senderos, siguen al que desaparece, como desaparecerán ellos, a su vez, cuando les toque su turno fatal. No por eso diré que no tengan un sello primitivo las costumbres aldeanas en estos casos. Existe, en gran parte de la Península, el ágape o banquete fúnebre, lo cual procede de los tiempos más remotos. En la *Ilíada*, Aquiles, en las exequias de Patroclo, por sus manos despedaza la comida, asa los terneros, reparte la vianda. Se liba «el negro vino» mezclado con las lágrimas de dolor. El instinto dice quizás a aquellos guerreros homéricos que la vida se parece a la muerte, como se parecen dos hermanas gemelas, que naciesen abrazadas; y que la vida se sostiene por la destrucción, mientras la muerte engendra nueva vida, en su obscuro trabajo de descomposición de la materia orgánica. Así, ante la muerte, no renuncia la vida a sus imperiosas exigencias, y el desfallecimiento pide reparación.

El banquete funerario responde al cumplimiento de esta ley ineludible. El dolor cortará el apetito a los muy allegados, pero los demás, conocidos, amigos no pueden menos de sustentarse; y con el sustento, viene esa alegría puramente instintiva, sin causa ni razón, explosión de la vida, triunfante y tenaz. No hay pues que escandalizarse nimiamente por lo que ocurre en los banquetes fúnebres, que con tanta viveza de colorido retrató Sudermann en su hermosa novela *El deseo*.

En los banquetes fúnebres se suele beber, porque hay una sombra, una congoja en el fondo del corazón, y el vino y los licores la ahuyentan. El hombre necesita olvidar; olvidar las fatalidades del destino, las amenazas de la enfermedad, que preparan las vías de la muerte; el hombre es pequeño, débil, está rodeado de asechanzas y peligros... y busca, en pasajera excitación, una tregua a sus involuntarios terrores. El sentir alrededor el hálito frío de la Segadora, impulsa - ¡quién lo diría! - a comer y a alzar el vaso. Ello es así. No conviene reprobar lo que impone la naturaleza, lo que dondequiera sucede. Más bien debemos compadecer nuestra condición. ¿Quién mueve toda esta mecánica de progreso, industrias, tráfico, labranza, trabajo, oficios, profesiones?... La estricta necesidad de nutrirse, es decir, la vida que quiere sostenerse, que lo manda, que lo impone con fuerza apodictica.

Y he ahí cómo esas rudas costumbres aldeanas tienen una completa explicación y justificación, dentro de una filosofía elemental pero rebosante de realismo. Por algo, en las regiones heladas que Sudermann describe y en las templadas que yo pudiera describir, al entierro sigue el banquete, al eterno adiós del espíritu de reconciliación con la humilde materia que reclama su combustible, el aceite de la humosa lámpara.

Polvo, ceniza, nada somos..., dicen los libros santos y dice la reflexión más sencilla.

En vez de coronas, a la inmensa mayoría de los que mueren deben consagrarse sufragios y oraciones. Si creemos, porque creemos; y si no creyésemos, porque creen las familias, y porque el muerto creyó. Y creen todos los que van a morir; y no sólo creen, sino que experimentan, al creer, un consuelo y un gozo - el último... Al caer en la sima que va a tragarnos, el labio murmura una súplica, pronuncia o balbucea un nombre. Y este nombre, sólo en casos de horrible desesperación sería el de Satanás; y si fuese el de Satanás, al confesar a Satanás se confesaría a Dios. Es, pues, el aspecto religioso, el más religioso, el que deben revestir todas las ceremonias fúnebres. Se gasta demasiado en pensamientos de terciopelo, en abalorio negro y blanco, y poco en misas, en ceras, en limosnas, en lo que (aun cuando nos olvidásemos del alma) sería más grave y más bello, más impregnado de veneración.

Los amigos que envían coronas, ¿por qué no ha-

bían de decir misas, de hacer una caridad - una caridad bien estudiada, inteligente, no un limosneo a bulto - en memoria del que amaron?

Y, ¡cuánto habría que decir sobre lápidas, mausoleos, inscripciones, monumentos, lo que se ve en las necrópolis, sobre todo en las más opulentas y rellenas de difuntos que fueron ricos! La estética y el sentimiento suelen faltar, sobrando el dinero y el aparato. Ante esas ostentaciones me parece hermosa la tierra donde crecen plantas silvestres, libremente, al sol...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## MARÍA BARRIENTOS

Después de un período de alejamiento de la escena, vuelve a pisar las tablas, en donde tantos laureles recogiera, la incomparable *diva* María Barrientos, cuyo retrato publicamos en la primera página de este número.

Y al reanudar su carrera artística ha querido que su argentina y privilegiada voz, durante algún tiempo enmudecida para el público, halagara antes que ningún otro el oído de sus conciudadanos, que apenas la habían oído en los comienzos de su vida teatral.

Por esto antes de emprender su excursión artística por las principales capitales de Europa y de América, ha dado en nuestro Teatro Principal una corta serie de funciones, que han sido para ella ruidosísimos, excepcionales triunfos y han constituido un verdadero acontecimiento artístico en los anales líricos de nuestra ciudad. El teatro se ha visto todas las noches completamente lleno de una concurrencia selectísima que a cada momento interrumpía a la *diva* con interminables aplausos y que le ha tributado en todas las representaciones las ovaciones más grandiosas y más merecidas que en nuestros coliseos se han presenciado. *La soubrette*, *Il barbiere di Siviglia*, *La Traviata* y *Lucía di Lamermoor*, han sido para ella otros tantos triunfos colosales, de esos que sólo obtienen los que han llegado por sus propios esfuerzos al pináculo de la fama, de esos que un artista no olvida nunca porque sabe que son única y exclusivamente debidos al mérito absoluto que se impone a los públicos más inteligentes y severos por encima de toda otra consideración.

María Barrientos nació en Barcelona en 1885 e ingresó en el Conservatorio de música de esta ciudad al cumplir los seis años. Sus progresos allí fueron rapidísimos y al cumplir los doce años había terminado su educación musical con nota de sobresaliente en todas las asignaturas.

Salida del Conservatorio, empezó sus estudios de canto con el maestro Bonet y al año siguiente debutó en el Teatro de Novedades, conquistando entonces su primer gran triunfo. Contratada por la casa editorial de música Sonzogno, de Milán, debutó en el Teatro Lírico de aquella ciudad con la ópera de Leo Delibes *Lakmé*. El ilustre maestro Massenet, que había asistido al ensayo de la ópera, así que se enteró del éxito le dirigió desde Niza, en donde a la sazón se encontraba, el siguiente telegrama: «Todas mis mayores admiraciones. El triunfo era seguro.»

Desde aquel momento, la fortuna y la gloria han sido las compañeras inseparables de María Barrientos, cuyo paso por todas las grandes escenas del mundo no tiene rival en los tiempos modernos y sólo puede compararse, en el pasado, con el de la Patti.

María Barrientos, en quien reviven las más puras tradiciones del *bel canto*, es única por su estilo impecable, por su vocalización prodigiosa y por la belleza de su voz. Soprano ligera perfecta, su voz, de timbre purísimo, abarca desde el *do* bajo al *fa* sostenido sobreañudo, y en este registro de extensión extraordinaria, sorprende la igualdad en que están ejercitadas todas las cuerdas.

Pero no es solamente una cantante que ataca notas, que vence con intachable seguridad los más difíciles pasajes; sino que es, además, una artista en toda la extensión de la palabra, que canta y dice al mismo tiempo, que modula con intención perfecta las frases, dando a cada una su valor propio, sin que nunca el virtuosismo redunde en mengua de la expresión, ni la interpretación lírica oscurezca el vigor de la representación dramática.

Los más celebrados maestros contemporáneos han dedicado a María Barrientos los conceptos más laudables; los primeros críticos del mundo la han colmado de incondicionales elogios; escritores y poetas han tejido la más hermosa corona en torno de su frente y los públicos más exigentes han formado con sus unánimes ovaciones el más sólido y hermoso pedestal de su gloria. - L.

LAS DOS PRIMAS, CUENTO DE REYES, DE EUGENIO DREVETÓN (1), dibujo de Tamburini



- ¡Viva la Reina!, gritó el Americano

ta años para la Luisiana, había regresado veinte años después con una bonita fortuna. ¡Felices tiempos aquellos en que la travesía del Océano y una estancia algo prolongada en un país lejano daban a un hombre un prestigio real a los ojos de sus compatriotas. Tal era el caso de aquel tío a quien los suyos, por afecto o por interés, profesaban una respetuosa deferencia. Nadie se permitía contradecirle ni desoír sus consejos, que él, por otra

parte, prodigaba, pues tenía una tendencia a abusar de la autoridad que nosotros le habíamos conferido. Yo era la única excepción de la regla general, ya que a veces me atrevía a manifestar mi independencia suya cierta independendencia, con gran contrariedad de mis padres, temerosos de que aquella actitud irrespetuosa me enajenase al fin y al cabo sus simpatías. «Ten cuidado, repetía sin cesar mi madre; ya sabes que al Americano no le gusta que se insubordinen contra sus consejos, y si no te muestras más condescendiente con él, pudiera muy bien ser que se olvidase de ti en su testamento. ¿Acaso no es dueño de hacer de su fortuna lo que se le antoje?» Y diciendo esto mi madre encogíase de hombros indulgentemente.

Mi indiferencia no me impedía, sin embargo, observar que el Americano me ponía mala cara desde el día en que a su pregunta «¿Por qué no te casas?» había contestado yo con cierta impertinencia: «Sigo el ejemplo de usted.» Aquella contestación habíale puesto fuera de sí. «Pues no haces bien, me replicó. Yo siquiera tenía una excusa; los negocios de América me absorbían demasiado para pensar en el matrimonio; y cuando volví a mi tierra era ya demasiado tarde... ¡Ah! Si hoy un hada pudiese quitarme la mitad de los años que sobre mí pesan, pronto estaría hecha mi elección.»

La alusión era clara. Su deseo, como el de mis padres, era que me casase con mi prima Hortensia, una morena muy graciosa, de porte altivo y que, ni más ni menos que una diosa, parecía esperar siempre los homenajes. Bien es verdad que conmigo con-

sentía en descender del Olimpo y prescindir un poco de sus altaneros modales; pero ello la hacía aún más irritante a mis ojos, porque su sonrisa y su aire irónico parecían decirme: «Resiste, amigo mío, resiste cuanto quieras; a pesar de todo seré tu mujer, porque tal es mi voluntad y la de nuestras familias.» No obstante sus reales atractivos, sentíame tanto más irritado contra ella cuanto que reconocía que tenía razón y que no era yo hombre capaz de luchar con una criatura de su temple, ni de resistir la presión general sobre mí ejercida. Lo único a que yo aspiraba ya era a retardar lo más posible la inevitable consumación del hecho.

Y he aquí que de nuevo iba a encontrarme con ella en casa de los Clavaux y obligado, por galantería, a contestar a sus poco disimuladas insinuaciones. Aquel manejo previsto de una muchacha tan orgullosa que, a falta de otro sentimiento, hubiera debido haiagar mi amor propio, me dejaba desde luego tan indiferente como la certeza de encontrar también en aquella casa a Valeria, otra prima aunque en grado más lejano. En cuanto a ésta, a Dios gracias, a nadie se le había ocurrido aconsejármela por esposa. Dotada de una timidez excesiva, ponía tanto empeño en recatarse, en disimular su presencia, como Hortensia en ostentarse; parecía como si la una sólo figurara en nuestras reuniones para hacer resaltar el valor de la otra. Valeria, en su modestia, complacíase demasiado en permanecer en esa penumbra discreta para que el verse así eclipsada le causase molestia alguna; la envidia y los celos no podían albergarse en su corazón. A causa de aquel retraimiento, los que hablaban de ella hacíanlo con acento un tanto compasivo: «¡Esa pobre Valeria! Sin embargo, hay que ocuparse en su suerte, porque está ya en edad de casarse.» ¡Cuántas veces había oído yo repetir esta frase!

Llegué algo retrasado a casa de los Clavaux; sólo me esperaban a mí para sentarse a la mesa, y mi tío, que decididamente no desperdiciaba ocasión de mostrarme su descontento, apresuróse a decirme: «Harías bien en darte una vuelta por América, aunque no fuese más que para traerte de allí esos hábitos de exactitud que son de rigor en aquella tierra y de los que tú prescindes con demasiada despreocupación.»

La fiesta empezaba para mí bajo malos auspicios. Interiormente echaba yo pestes, mientras Hortensia, con una mirada protectora que acababa de exaspe-

- Las rancias tradiciones tienen mucho de bueno, dijo el Sr. Gerbert. Por mi parte, sería un ingrato si no conservase fielmente el culto de las mismas, pues a esa fiesta de Reyes que mañana celebrarán tantas familias debo toda la felicidad de mi vida.

El amable anciano, de rostro pensativo y coronado de blancos cabellos, se recogió un instante; luego sus delicadas facciones se animaron con el reflejo de un alegre recuerdo y prosiguió:

- El destino de cada hombre tiene caprichos que se divierten en desbaratar todas nuestras previsiones. Cuando aquella noche mi madre, con el acento dulce que era habitual en ella, me dijo: «A propósito, Andrés, no te olvides de que el próximo domingo vamos a celebrar los Reyes en casa de los Clavaux», no pude contener un ligero movimiento de malhumor. Me eran demasiado conocidas aquellas fiestas familiares de los Clavaux, quienes, en todas las solemnidades, se complacían en invitar a toda la parentela. Mi madre, que había observado mi gesto de contrariedad, apresuróse a añadir, con objeto de paralizar en mí toda tentativa de resistencia: «Como de costumbre, está convidado el Americano.»

El personaje a quien nosotros, y con nosotros toda la ciudad, llamábamos el Americano, era un tío viejo, célibe, de cara de pocos amigos y humor un tanto avinagrado, que habiendo partido a la edad de trein-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

J.M. Tamburini

arme, salía en mi defensa. «Habrá encontrado a algún amigo», decía. ¿Y quién le metía a ella en todo esto?

La comida, no obstante, fué alegre; mi tío, con su acostumbrado entusiasmo, narraba por centésima vez sus aventuras en la Luisiana; la conversación era animada y chispeante y todo el mundo reía menos yo, que todavía bajo la impresión de la reprimenda con que había sido acogido a mi llegada, no podía recobrar mi buen humor. El Americano parecía complacerse en hacer observar mi estado de ánimo: «¡Vaya una cara fúnebre la de ese chico! ¿No es verdad, Hortensia?» Y Hortensia, con aire de importancia y después de examinarme un rato, como para darse cuenta de mi situación, respondió: «No lo encuentro. Andrés está, como todos, en buena disposición... ¿No es cierto, Andrés?» De buena gana le habría tirado un plato a la cabeza.

En el momento de los postres, la señora Clavaux trajo ceremoniosamente, como quien cumple un rito, la torta de apetitosa costra, que fué recibida con entusiastas aplausos. Dividida por la dueña de la casa en tantas partes cuantos invitados éramos, comenzó la distribución, mientras nuestras copas se llenaban de un viejo Hermitage dorado como un rayo de sol.

Al bullicio de antes había sucedido un relativo silencio y entre los comensales cruzábanse miradas furtivas en espera del descubrimiento del haba. Nadie, sin embargo, la anunciaba y en todos los semblantes empezaba a observarse viva inquietud. «¡Una torta de Reyes sin haba! ¡Es una cosa nunca vista!», decía mi tío.

¿He de decir a ustedes que el haba me había tocado a mí y que maliciosamente la había escondido en mi manga para divertirme con la decepción de los convidados y sobre todo del que me acribillaba con sus pullas?

Mis ojos encontraron de pronto los de la señora Clavaux clavados en mí. ¿Había adivinado mi superchería? Entonces perdí la serenidad y fingí encontrar en aquel momento el haba:

— ¡Calle; si la tengo yo!

— Podías haberlo dicho antes, exclamó el Americano. Eres indigno de ceñir la corona... En fin, *álea jacta est*... Escoge la reina y escógela bien.

¿Por ventura no estaba ya designada de antemano esa reina? Animadas las facciones, radiante la frente por la seguridad de compartir el honor de su efímera realeza, Hortensia había puesto muy en evidencia su copa delante de ella.

¿Qué pasó entonces en mí? No lo sé a punto fijo, pero en mi espíritu surgió de pronto la idea de hacer fracasar los cálculos del Americano, de tomar mi desquite y de castigar la soberbia de la que, durante toda la comida, había hecho gala de cubrirme con su protección, y dejé caer el haba en la copa de Valeria. La sorpresa fué general y Hortensia, que había palidecido de despecho, lanzóme una mirada terrible. Yo, en cambio, estaba en mis glorias.

— ¡Viva la Reina!, gritó el Americano, que no perdía nunca la serenidad en los momentos críticos.

Y todos los comensales prorrumpieron en aclamaciones y brindaron alegremente a la salud de la reina, que temblaba de emoción y cuyas mejillas habíanse puesto extraordinariamente encarnadas.

En sus ojos azules y humedecidos había una expresión tan radiante de alegría inefable, de gratitud infinita, que a mi vez me estremecí dominado por una emoción extraña. Mi prima Valeria estaba encantadora, ¡y yo que hasta entonces no lo había notado! Si no tenía la belleza brillante de Hortensia, ¿no poseía, por ventura, lo que a ésta faltaba, ese hechizo de bondad al que nadie resiste? En medio del enternecimiento, de la deliciosa turbación que de mí se había apoderado, me dije: «¡Ella es la más digna de ser amada! ¡Ella será mi esposa!»

Como ustedes supondrán, la boda se concertó rápidamente y a excepción de la bella prima cuyas esperanzas había yo defraudado, toda la familia se asoció al fausto suceso. Todo el mundo se complacía en reconocer los méritos de Valeria, y el mismo Americano, una vez pasado su primer asombro, no fué el último en figurar en aquel concierto de alabanzas. Un día, llamándome aparte, me dijo:

— Bien podías haberme confesado que amabas a esa linda Valeria. ¡Qué diantre! Al fin y al cabo yo

no soy ningún ogro y con tu confesión me habrías evitado una falsa maniobra.

— Fué necesaria la fiesta de los Reyes para abrirme los ojos. Ha sido verdaderamente como un rayo.

— ¡Como un rayo!, exclamó mi tío estupefacto. Yo creí que estas cosas eran invenciones de poetas y de visionarios. Pero, en fin, poco importa el modo cómo



Laura, cuadro de Antonio Fabrés. (Exposición de los Independientes, Roma.)

mo el amor ha venido y estoy convencido de que al encontrar el haba sacaste el premio gordo de la lotería.

La profecía del Americano se ha realizado, añadió el Sr. Gerbert enternecido. Si la felicidad existe en la tierra, bien puedo decir que yo la he conocido gracias a la compañera de mi existencia. Con el alma serena hemos subido juntos, sin percatarnos de ello, la larga cuesta; la nieve de muchos inviernos ha blanqueado nuestras cabezas, pero todavía tenemos para dar calor a nuestros miembros temblorosos y helados por la edad, ese hogar ardiente de cariño que sólo se extinguirá con nosotros. Cada año, cuando llega la fiesta de los Reyes, nuestros corazones se rejuvenecen de pronto y empiezan a latir con la misma emoción intensa que en el día lejano y bendecido en que, en la mesa de los Clavaux, en medio del alegre rumor de los brindis, se dieron el uno al otro en un mutuo impulso y cambiando entre los dos una sonrisa...

#### ASOCIACIÓN DE DEPENDIENTES DE COMERCIO DE LA HABANA

(Véase la lámina de la página siguiente.)

La historia de esta entidad, hoy indudablemente la más importante y poderosa de cuantas en su género en el mundo existen, es una demostración elocuente de lo que puede una voluntad firme puesta al servicio de ideales levantados.

No disponiendo de espacio para relatar todas las vicisitudes por que ha pasado la Asociación hasta alcanzar el estado de pujanza en que hoy se encuentra, nos limitaremos a señalar los puntos culminantes de su marcha en progresión siempre ascendente y a

enumerar los servicios que presta y los beneficios que reporta a los que de ella forman parte.

Nacida en 1880, por iniciativa de unos cuantos hombres generosos, hubo de luchar desde un principio con la hostilidad de muchos y con la indiferencia general. No arredraron tales contrariedades a sus iniciadores, quienes, por el contrario, arrostrando todos los obstáculos, consiguieron al fin constituir definitivamente la Asociación, de la que fueron elegidos presidente don José O. Fresneda y secretario D. Mariano Paniagua.

Ni aun entonces pudo gozar de vida tranquila aquella entidad; la apatía de los unos, la enemiga de los otros, continuaron siendo los principales factores que la Asociación hubo de combatir durante mucho tiempo; hasta que por último, rendidos a la evidencia todos los indecisos y vencidos con las armas de mejor ley los adversarios, la nueva sociedad pudo entrar en el camino del desarrollo, que desde entonces no ha abandonado y que la ha conducido al más glorioso de los triunfos. Véanse en prueba de ello los siguientes datos: el número de socios, que en 1880 era de 500, llegaba a 3.005 en 1884, a 5.205 en 1889, a 10.300 en 1895, a 14.188 en 1903, a 24.257 en 1907 y a 28.000 en 1912.

Y en la misma progresión ha aumentado el capital social, que hoy se eleva a la respetable cantidad de \$ 1.141.126,15.

Este desenvolvimiento gigantesco ha permitido a la Asociación construirse, en uno de los mejores sitios de la Habana, un suntuoso palacio en el que la riqueza y la grandiosidad compiten con el arte y el buen gusto, juntándose en él todas las comodidades apetecibles y cuantos elementos pueden contribuir, de una parte, al recreo y de otra a la instrucción y al bienestar moral y material de los socios y de sus familias. Así hay, además de todas las dependencias propias para el solaz, una biblioteca con 10.000 volúmenes, sala de armas, gimnasio, aulas para alumnos de primera y segunda enseñanza, clases de idiomas y de música y un departamento de Caja de Ahorros que da un interés del 4 por 100 a los imponentes.

Posee, además, la Asociación un magnífico sanatorio, la Quinta de Salud de la Purísima Concepción, situada en los alrededores de la Habana, en un sitio tan sano como pintoresco. Constituido por varios pabellones aislados y rodeados de un parque inmenso, el sanatorio está dotado de todos los adelantos que en materia de medicina y de cirugía puede desear el más exigente y hallarse servido por un numeroso cuerpo médico, bajo la dirección de D. Bernardo Moas.

Para que se comprendan los grandes servicios que presta el sanatorio, que administra D. Ramón Aedo, bastará decir que en el primer trimestre de 1912 fueron asistidos en él 1.818 enfermos y que el promedio de la mortalidad, en el mismo periodo, fué de 1,10 por 100. Además se despacharon fuera del sanatorio 19.315 fórmulas a los señores socios. Y esta asistencia se presta no sólo a los socios residentes en la Habana, sino también a todos los establecidos en cualquier punto de la isla, gracias a las 100 delegaciones que en ésta tiene distribuidas la sección de propaganda, que preside D. Enrique Suárez. Además tiene aprobado el proyecto de un departamento para ancianos inválidos del trabajo.

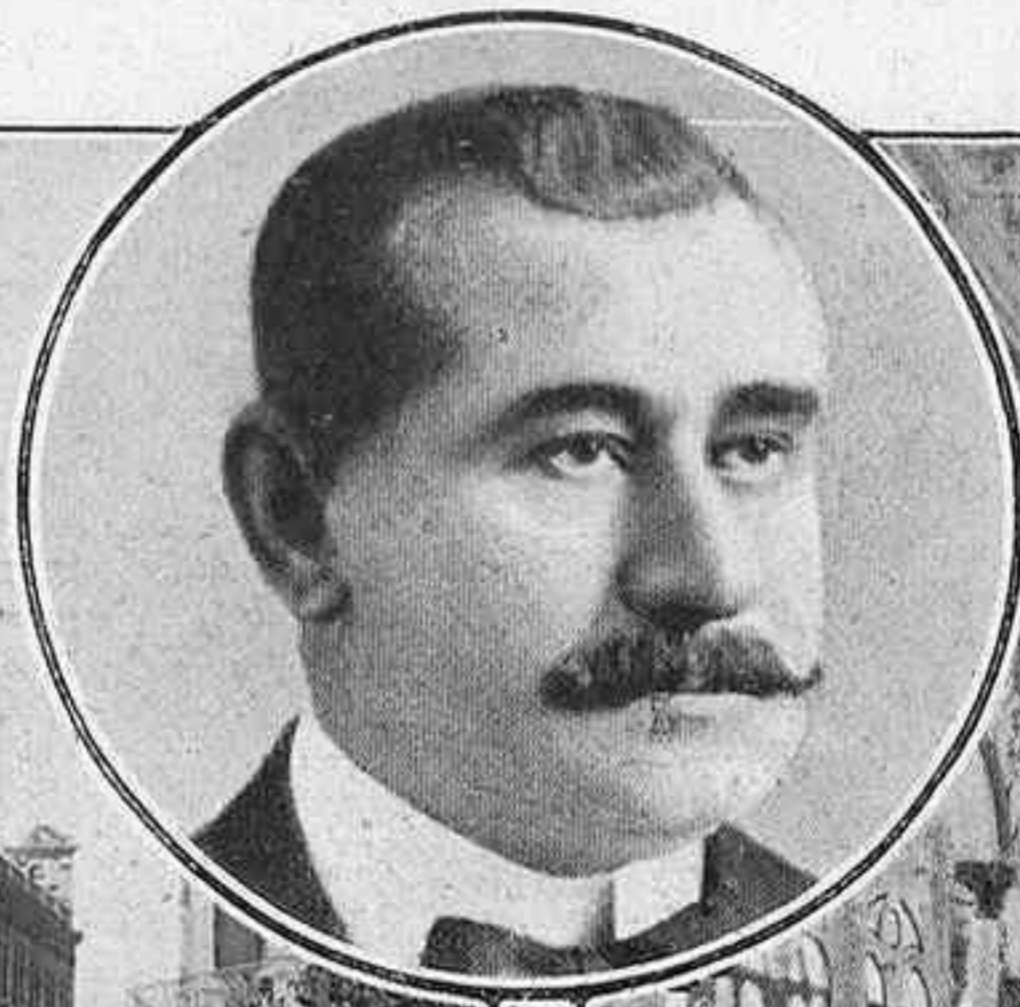
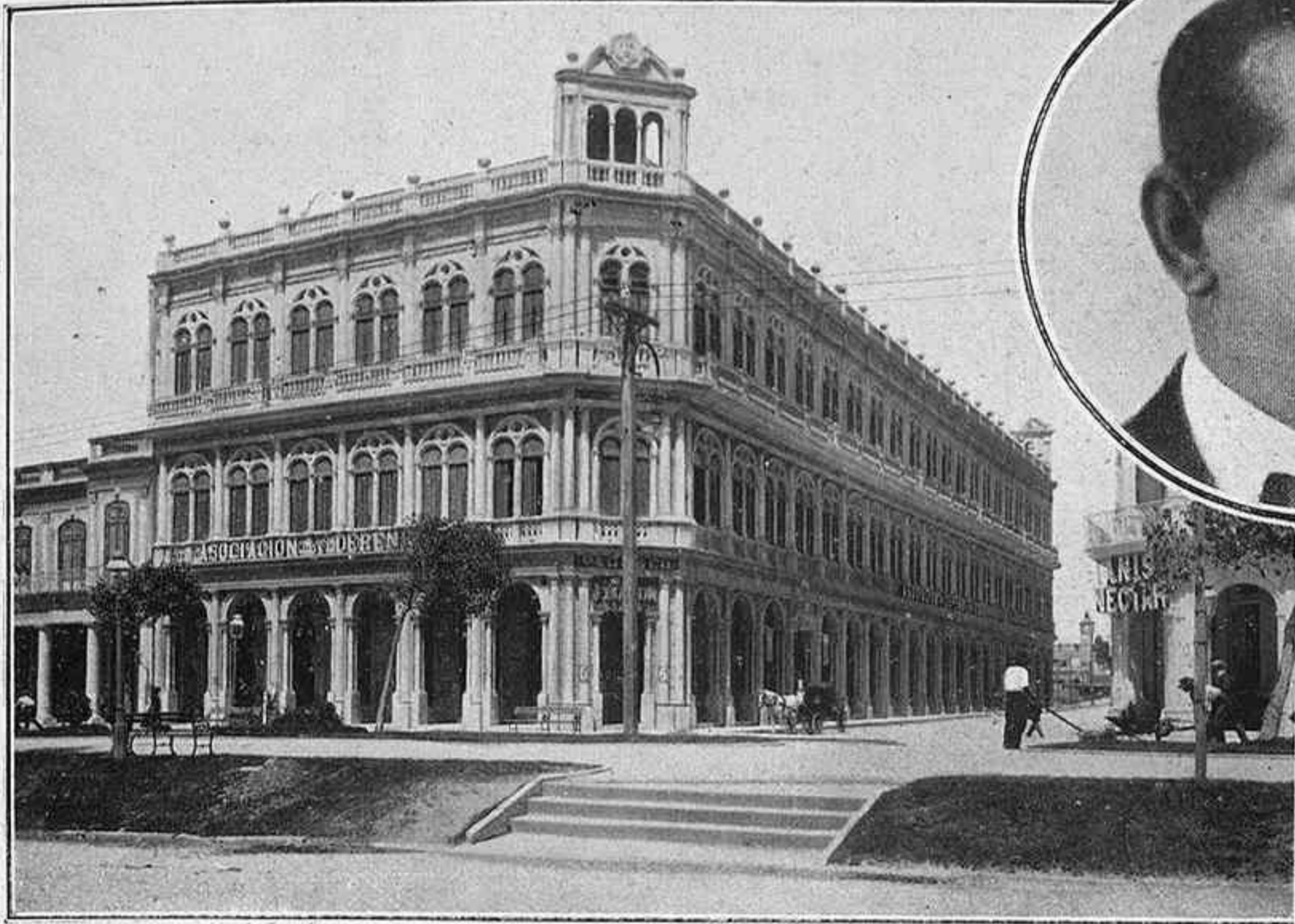
La Asociación, que actualmente preside el acaudalado comerciante D. José Gómez, natural de Santander, admite a los hombres de todas las nacionalidades y la cuota que se paga para disfrutar de los muchos y diversos beneficios que proporciona es de 7,50 pesetas al mes.

La Asociación no sólo es un poderoso elemento de bienestar para los socios residentes en la isla, sino que, además, dispensa los beneficios de su alta protección a los emigrantes, quienes desde el momento mismo en que llegan allí, tienen en ella un valioso guía que atiende a su bienestar moral y cultural.

Recientemente ha visitado Barcelona y otras capitales españolas, como delegado extraordinario de la Asociación, D. Carlos Martí, hijo de nuestra ciudad, redactor del importante diario de la Habana *La Lucha* y exinspector de Enseñanza en la isla de Cuba. El Sr. Martí ha dado interesantísimas conferencias sobre la Asociación y sobre la misión de España en América, demostrando en ellas profundos conocimientos y un gran patriotismo. — P.

ASOCIACIÓN DE DEPENDIENTES DE COMERCIO DE LA HABANA

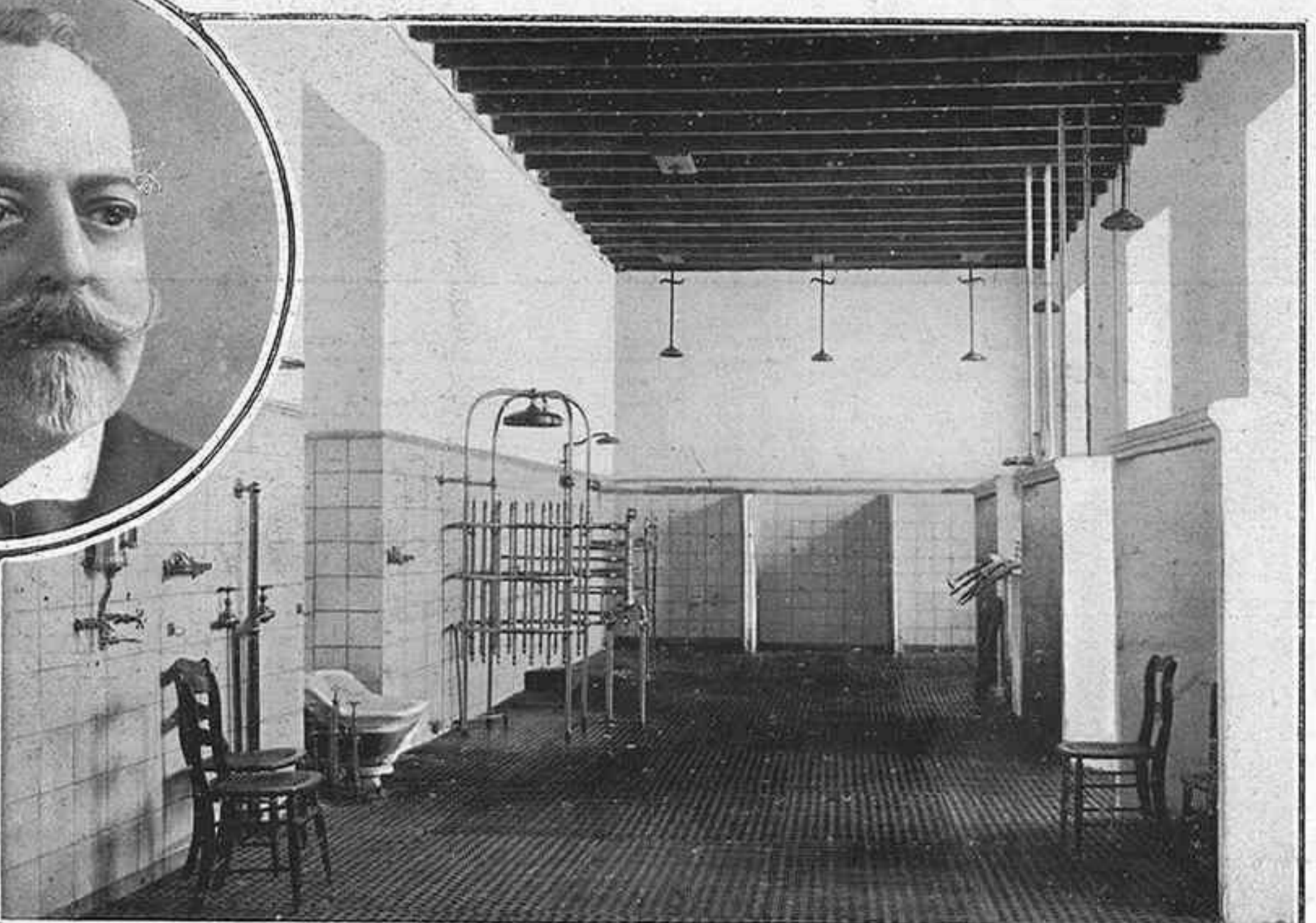
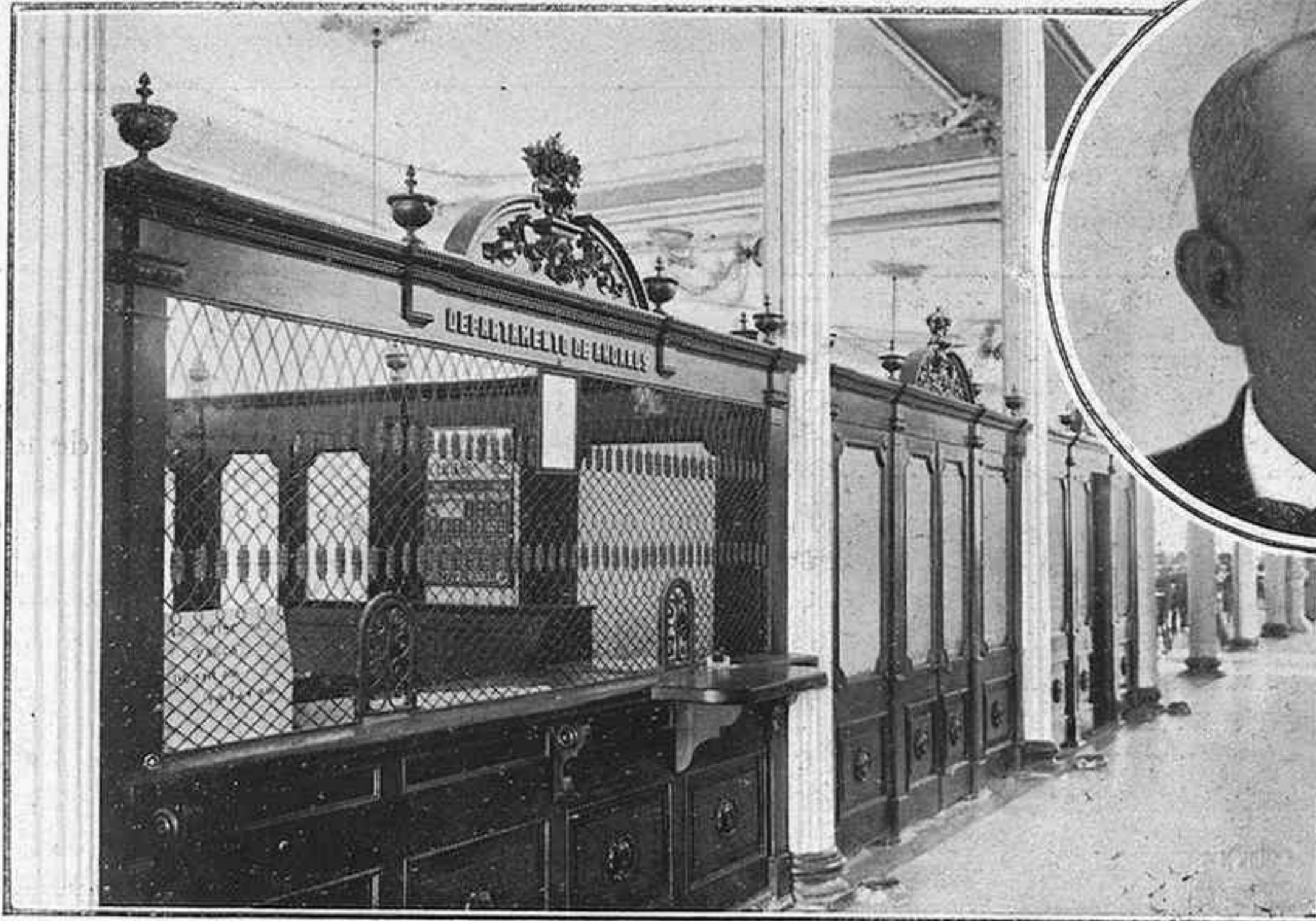
(Fotografías de R. Pijuan.)



Palacio social de la Asociación

Gran salón de fiestas

D. José Gómez y Gómez, actual presidente de la Asociación



Sección de Caja de Ahorros

Salón de duchas

D. Mariano Paniagua, secretario general de la Asociación desde su fundación

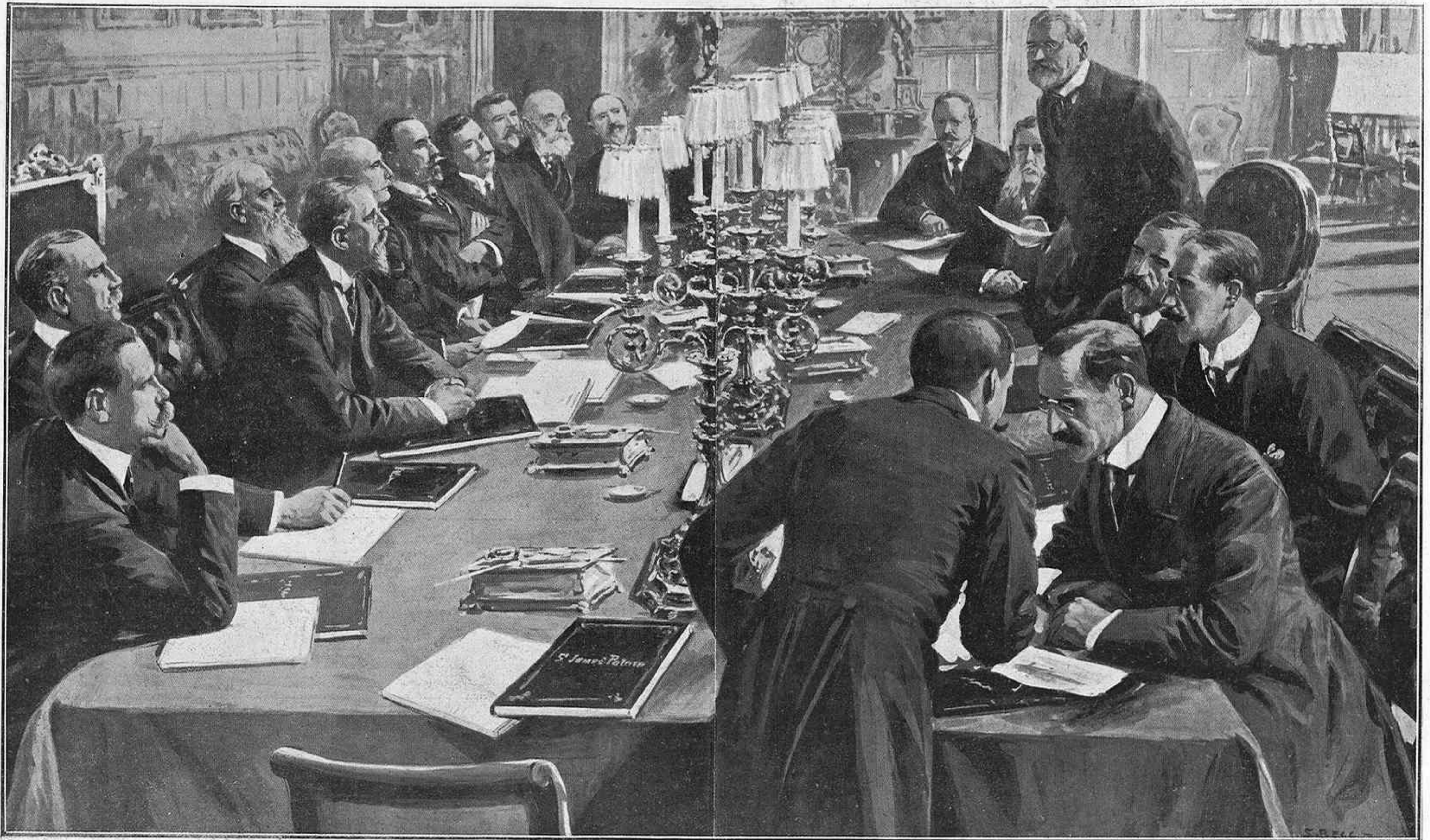


Casa de Salud.-Sala de consultas médicas

Casa de Salud.-Pabellones nuevos y parque de convalecientes

D. Carlos Martí, delegado extraordinario de la Asociación, que recientemente ha visitado varias capitales españolas

## LA CUESTIÓN DE ORIENTE. — LA CONFERENCIA DE LONDRES



Una sesión de la conferencia de los delegados balkánicos y turcos, dibujo de S. Begg

Comenzando por la izquierda y dando la vuelta a la mesa, los delegados reproducidos en el dibujo son: los Sres. Streit, Gennadius, Venizelos y Skouloudis (de Grecia); Voinovitch, Mioutchkovitch y Popovitch (de Montenegro); Nikolitch, Novakovitch y Vesnitch (de Serbia); general Paprikoff, Madjaroff y Daneff (de Bulgaria); Mustafá Rechid Bajá, general Salih Bajá y Osmán Nizam Bajá (de Turquía); y el secretario de la conferencia.

En nuestra última crónica dejábamos a los conferenciantes de Londres en el momento en que iban a comenzar propiamente las negociaciones, después de haber recibido los delegados turcos las instrucciones de su gobierno que los autorizaba a tratar, bajo determinadas condiciones, con los griegos.

Desde entonces, y a pesar de haber transcurrido casi dos semanas, las negociaciones han adelantado muy poco, debido a que los turcos, a cada proposición de los aliados, se encuentran con que sus instrucciones no son bastante concretas y tienen que consultar con Constantinopla.

Esta conducta de los otomanos es muy comentada y da lugar a muchas interpretaciones, la mayoría de las cuales la atribuye al proceder tradicional de la diplomacia turca de ir dando largas a los asuntos que no se les presentan favorables con el objeto de esperar a que las circunstancias acaben por resolver el conflicto con el menor daño posible para ella. Turquía, en la ocasión presente, confía en que las potencias, cuyos embajadores hallanse también reunidos en Londres, a fin de evitar los posibles conflictos internacionales que la reanudación de la guerra podría hacer estallar, interpondrán su valiosa mediación cerca de los aliados y conseguirán con ello reducir las exigencias de éstos a su mínima expresión; pero hasta ahora, ni las potencias se muestran inclinadas a intervenir en el pleito entre Turquía y los Estados balkánicos ni estos últimos están dispuestos a consentir que esta intervención les prive de obtener los frutos de sus victorias que han conquistado al precio de tanta sangre.

Veamos ahora lo que ha ocurrido en las pocas conferencias celebradas.

El día 23 los delegados balkánicos presentaron a los turcos sus condiciones de paz. Aunque a ciencia cierta no se sabe en qué consisten estas condiciones, dada la natural reserva que en estos asuntos de tanta trascendencia diplomática ha de observarse, noticias muy fundadas permiten suponer que son las siguientes: 1.ª, cesión por parte de Turquía a los aliados de todos los territorios situados al Oeste de una línea que, partiendo de un punto al Este de Rodosto, en el mar de Mármara, termine en un punto de la bahía de Malatra, en el mar Negro, con exclusión de la península de Galípoli, y quedando comprendida en aquella delimitación la Albania, si bien reservándose

la cuestión albanesa a la decisión de las potencias; 2.ª, cesión de las islas del mar Egeo; 3.ª, abandono por Turquía de todos sus derechos sobre Creta.

Los aliados añadieron que estas condiciones solamente se referían a la cuestión territorial y que, una vez recaído acuerdo sobre ellas, presentarían otras referentes a la indemnización de guerra, a la deuda otomana, es decir, a todo lo que se relaciona con la cuestión económica.

Los turcos pidieron un plazo para examinar aquellas condiciones y, en caso necesario, consultar con su gobierno, petición a la que accedieron los aliados, conviniéndose en que la conferencia se reuniría nuevamente el 28 para conocer la respuesta de los otomanos.

Reunidos el 28, los delegados turcos presentaron las contraproposiciones de Turquía formuladas en los siguientes términos: 1.ª, el vilayeto de Andrinópolis continuará bajo la administración directa de Turquía; 2.ª, se concederá la autonomía a Macedonia, con Salónica por capital, quedando aquella bajo la soberanía del Sultán y siendo gobernada por un príncipe elegido por los aliados y nombrado por el Sultán, el cual príncipe será preferentemente de religión protestante y pertenecerá a un Estado neutral; 3.ª, Albania será autónoma, bajo la soberanía del Sultán; y estará administrada por un príncipe de la familia imperial otomana nombrado por un período de cinco años y cuyo mandato será renovable; 4.ª, las islas del Archipiélago no podrán ser cedidas porque forman parte integrante del Asia Menor; 5.ª, Creta es un depósito que está en manos de las grandes potencias; por consiguiente la cuestión cretense no es de la competencia de la conferencia y habrá de ser resuelta entre las potencias y Turquía.

Suspendida la sesión por unos momentos, los aliados celebraron una breve conferencia, terminada la cual reanudóse aquella y sucesivamente los señores Daneff, Vanizelos, Novakovitch y Mioutchkovitch, en nombre de Bulgaria, Grecia, Serbia y Montenegro, declararon inaceptables las contraproposiciones de Turquía. Después de una corta discusión, concedióse a los otomanos un plazo de cuarenta y ocho horas para que recabasen de Constantinopla una respuesta concreta a las proposiciones de los aliados referentes a las cesiones territoriales, de las que se hacía caso omiso en las contraproposiciones. Los de-

legados balkánicos añadieron que si la respuesta llegaba, continuarían las negociaciones; pero que de lo contrario adoptarían las medidas que las circunstancias aconsejasen.

Terminó el plazo fijado y el 30 reunióse de nuevo la conferencia; pero de nuevo hubo de aplazarse toda discusión, porque los turcos manifestaron que si bien habían recibido instrucciones de su gobierno, el despacho oficial, por causa de errores de transmisión telegráfica, resultaba en gran parte de todo punto indescifrable. Ofrecieron, sin embargo, someter a discusión la parte del telegrama que habían podido descifrar y en la que la Puerta, al parecer, propone que todas las cuestiones territoriales que tengan un interés internacional sean sometidas a las grandes potencias. Los aliados no aceptaron esta proposición, en vista de lo cual acordóse un nuevo aplazamiento de dos días.

Cuando escribimos esta crónica, aun no se conocen los pormenores de la sesión que debió celebrarse el día 1.º de este mes. Sábese únicamente que, aparte de las reuniones de la conferencia, el presidente de la delegación búlgara Sr. Daneff y el de la delegación otomana Rechid Bajá, han celebrado algunas entrevistas en las que, sin haber tomado acuerdo alguno oficial, se cambiaron impresiones que pueden contribuir a suavizar asperezas.

Las impresiones en la actualidad dominantes son más bien optimistas, creyéndose en general que Turquía, convencida de que los aliados no han de ceder en lo fundamental de sus pretensiones y de que las potencias no han de exponerse, por el gusto de favorecerla a ella, a graves conflictos, acabará por someterse, después de un regateo y procurando sacar el mejor partido de la difícil situación en que la han puesto las victorias de los aliados.

En el teatro de la guerra continúan librándose reñidos combates en el Epiro entre griegos y turcos. También se ha trabado un combate naval en la entrada de los Dardanelos, delante de la ciudad de Tenedos; los barcos turcos, después de haber bombardeado sin resultado esta población, hubieron de retirarse perseguidos por la flota griega.

En Skutari prosiguen asimismo las hostilidades entre montenegrinos y turcos. Éstos efectúan frecuentes salidas, pero hasta ahora han sido siempre rechazados con grandes pérdidas. — R.

SANTA CRUZ DE TENERIFE

GRAN FESTIVAL INFANTIL ORGANIZADO POR EL DIARIO «LA PRENSA»  
A BENEFICIO DEL HOSPITAL DE NIÑOS POBRES  
(Fotografías remitidas por nuestro corresponsal A. Delgado Yumar.)



Reina de la fiesta. - Grupo de cuarenta y tres niñas que cantaron el coro de la opereta «La Geisha»



El popular diario *La Prensa*, de Santa Cruz de Tenerife, organizó un festival benéfico con objeto de allegar fondos para el sostenimiento del Hospital de Niños pobres de aquella capital. El objeto a que se destinaban los productos de la fiesta, los atractivos que el programa de ésta ofrecía y el celo y la actividad que desplegaron sus organizadores, hacían prever desde luego que el festival tendría un éxito brillante. La realidad confirmó y aun superó las esperanzas de los más optimistas y el resultado del festival no pudo ser más satisfactorio bajo todos conceptos, así por la cultura y belleza de los espectáculos que lo componían, como por la cantidad que con ocasión del mismo se recaudó para el objeto indicado.

En la fiesta sólo tomaron parte niños de ambos sexos pertenecientes a las más distinguidas familias de la población; y los pequeños actores se portaron admirablemente en el desempeño de los papeles que les habían correspondido.

En el programa figuraban, entre otros números, un coro de la popular y bellísima opereta *La Geisha*, que fué admirablemente cantado por cuarenta y tres niñas; el precioso diálogo del eminente dramaturgo Jacinto Benavente *El encanto de una hora*, y un minué que bailaron con gracia y elegancia sin iguales ocho parejas infantiles.

Los grabados que adjunto publicamos, reproducciones de fotografías que nos han sido remitidas por nuestro estimado corresponsal en Santa Cruz de Tenerife Sr. Delgado Yumar, permiten formarse cabal idea de la propiedad y riqueza con que vistieron los niños a cuyo cargo estuvo confiada la ejecución de los distintos números que integraban el programa de tan interesante espectáculo.

El festival, como antes decimos, obtuvo un éxito completo y dejó plenamente satisfecho al público que a él concurrió y que se componía de lo más selecto de la sociedad tinerfeña. Todos los periódicos de aquella capital le dedicaron entusiastas elogios prodigando calurosas alabanzas a *La Prensa* y a los demás organizadores de tan hermoso espectáculo.

El Hospital de Niños pobres está montado a la altura de los mejores de Europa, según opinión de eminencias médicas extranjeras que lo han visitado, y se sostiene sólo con limosnas particulares, pues no cuenta con subvención del Estado ni de la provincia. - B.



Los dos niños que interpretaron el diálogo de Jacinto Benavente «El encanto de una hora». - Grupo de niños que bailaron un minué

BARCELONA. - GALERÍA ROBIRÀ



CONCIERTO ÍNTIMO,

cuadro del celebrado pintor Román Ribera



PARÍS. - SALÓN DE LOS ARTISTAS FRANCESES



EL FADO, CANCIÓN POPULAR PORTUGUESA,

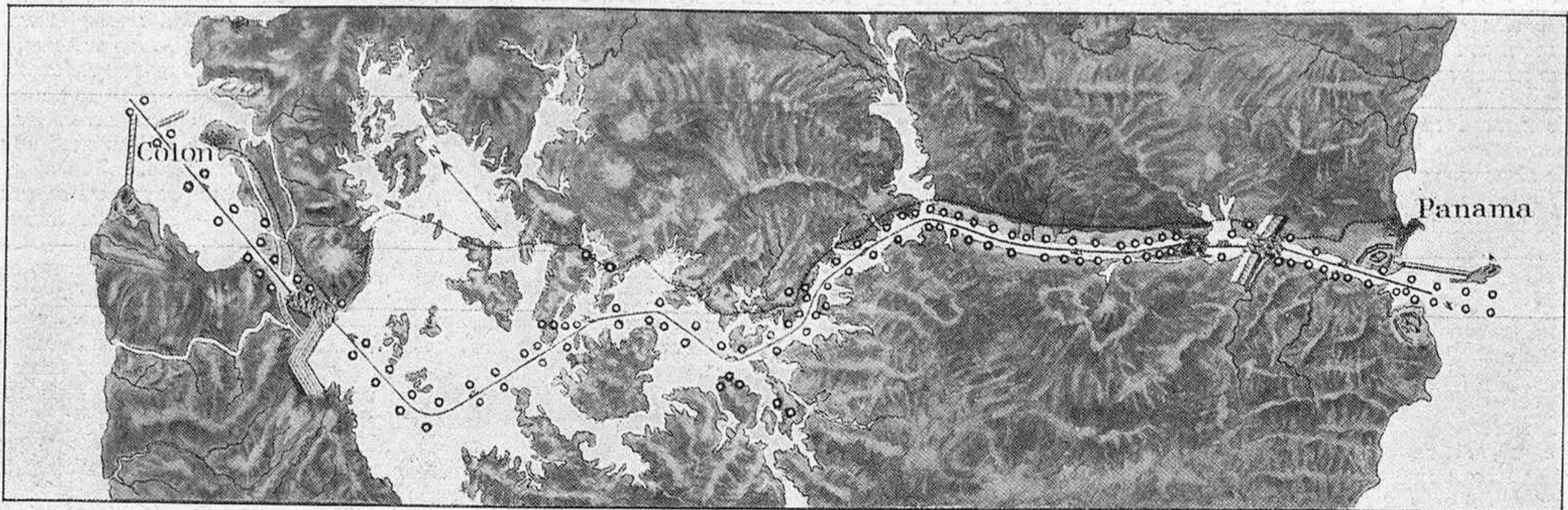
cuadro del notable pintor José Malhoa

EL ALUMBRADO DEL CANAL DE PANAMÁ

Próximo a terminarse el Canal de Panamá y teniendo en cuenta que éste habrá de estar abierto día y noche, se ha con-

la rodean están pulidas y son reflectoras. Todas estas varillas se dilatan cuando se les aplica el calor, pero la interior es la única que responde a la luz y la expansión que por este medio se produce hace funcionar una válvula que regula el paso del

de ser testigos presenciales, y que se honraron consagrando lo mejor de su talento a la exaltación del sentimiento patriótico. De aquel período datan sus lienzos *Los vencedores*, *La retirada*, *La carga de Morsbronn*, *El regimiento que pasa*, *Un eco*



El sistema de alumbrado del Canal de Panamá

Este mapa indica la disposición de luces por entre cuyas hileras se extenderá la ruta de los buques. En cada entrada habrá poderosos focos luminosos, cuyo alcance óptico será de 20 millas, de modo que el navegante podrá divisar la entrada del canal desde una gran distancia en alta mar. Estas luces de alcance serán especiales y no podrán confundirse con otras.

cedido una atención especial al problema de su alumbrado, habiéndose al fin aceptado el procedimiento del ingeniero sueco Gustavo Dalén que, como decimos en otro lugar de este número, ha sido agraciado con uno de los premios Nobel en 1912.

Este sistema de alumbrado consistirá en una doble hilera de 60 boyas que se encenderán y apagarán automáticamente y cada una de las cuales tendrá un alcance óptico por lo menos de 12 millas y un distintivo especial: unas producirán sencillos destellos de luz a intervalos; otras los producirán complejos. Todas estas boyas funcionarán un año entero sin que se requiera ningún cuidado para su conservación. Este resultado se consigue merced a la válvula solar, precioso invento de Dalén, que el grabado adjunto reproduce.

Esta válvula, cuya construcción se basa en la conocida ley física de que la luz absorbida se transforma en calor, se compone de cuatro varillas de metal dispuestas dentro de un espeso y fuerte cilindro de cristal; la varilla central tiene una capa de hollín o negro de humo que le da la propiedad de absorber la luz, en tanto que las tres varillas que

gas hacia el quemador principal. Durante el día la varilla negra se ensancha y cierra la válvula; al aproximarse la noche, la varilla se contrae y la válvula se cierra. Una llama que arde continuamente dispuesta en el quemador principal y que se alimenta directamente de la fuente de abastecimiento de gas, enciende este último.

El medio iluminador que se usa es el acetileno, que se deposita en grandes cantidades en cilindros de acero.

EDUARDO DETAILLE

Este eminente pintor que hace pocos días murió repentinamente en París, había nacido en aquella capital en 1848. Discípulo del célebre Meissonier, presentó por vez primera en el Salón de 1867 con *Un rincón del taller de Meissonier*, y desde entonces puede decirse que se dedicó exclusivamente a representar en sus lienzos escenas de la vida militar. Después de la guerra de 1870 formó parte, con su amigo y compañero de armas Alfonso de Neuville, de aquella falange de

artistas que pusieron todo su corazón en la obra de reproducir los acontecimientos heroicos y dolorosos de los que acababan

*nocimiento*, *El saludo a los heridos*, *Los defensores de Champigny*, es decir, toda esa serie de obras llenas de vigor, de sentimiento, que, algunos años después, pareció resumir en *El sueño*, poderoso símbolo del amor a la patria y de la gloria guerrera, que le valió la medalla de honor en el Salón de 1888.

Después, dedicóse Detaille a evocar recuerdos más antiguos de la historia militar francesa, así como a perpetuar otros grandes sucesos militares contemporáneos. Citaremos entre sus principales obras de estos géneros *La salida de la guarnición de Huningue*, *Los alistamientos voluntarios en tiempo de la Revolución*, *Victimas del deber* y la *Revista de Chalons en 1896*. Una de sus pinturas más notables es *Hacia la gloria*, grandioso lienzo que figura en el Panteón y que evoca toda la historia de los ejércitos franceses.

También pintó muchos retratos, algunos de personajes importantes como Alejandro III, Eduardo VII y el duque de Connaught, quienes le profesaron gran amistad.

En la Exposición Universal de 1889 obtuvo el premio de honor; en 1892 fué elegido miembro de la Academia de Bellas Artes; había sido presidente de la Sociedad de los Artistas Franceses y era presidente de la sociedad *Sabretache* y de los Amigos del museo del Ejército y vicepresidente de la Sociedad de los Amigos de Versalles.

Era gran oficial de la Legión de Honor, gran cordón de la orden de Estanislao, comendador de la orden de Victoria, cruz del jubileo de la reina Victoria, comendador de la Conferencia de Prusia, de la orden de Leopoldo de Bélgica, etc.

BARCELONA. - «ROMEO Y JULIETA»,

DE SHAKESPEARE, EN EL TEATRO DE NOVEDADES

La compañía que dirige el notable primer actor Ricardo Calvo, que tan brillante campaña está realizando en el Teatro de Novedades, digna continuación de la que hizo el año pasado en el Teatro Romea, ha puesto en escena recientemente la inmortal tragedia *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, que ha sido un verdadero éxito bajo todos conceptos.

La traducción de la obra, debida al celebrado poeta Ambrosio Carrión, está hecha en verso y no es una refundición, sino una reproducción íntegra del original, lo que si perjudica a la comprensión de algunos episodios por parte del gran público, acostumbrado hoy a una técnica teatral muy distinta de la de los tiempos de Shakespeare, demuestra, sin embargo, en el traductor un loable respeto hacia la labor de un gran genio.

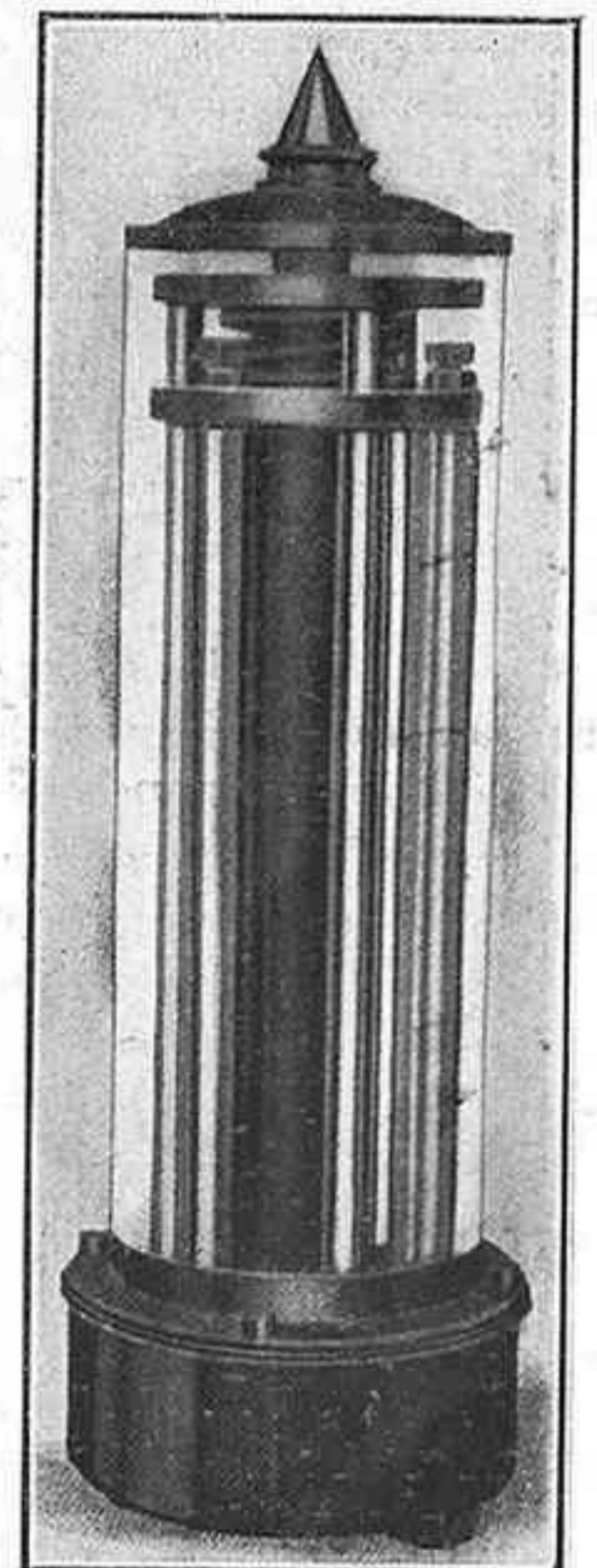
En la representación de *Romeo y Julieta*, Ricardo Calvo ha obtenido un doble triunfo como actor y como director de escena: recitó los versos admirablemente, interpretó con sumo acierto el personaje de Romeo, vistió ricos y apropiados trajes y en el movimiento de las masas demostró una vez más su gran conocimiento de los recursos escénicos.

Lo han secundado muy bien la celebrada actriz Lola Velázquez y los actores Sres. Vaz, Javaloyes, Velázquez, Gutiérrez, Gimbernat y Riera.

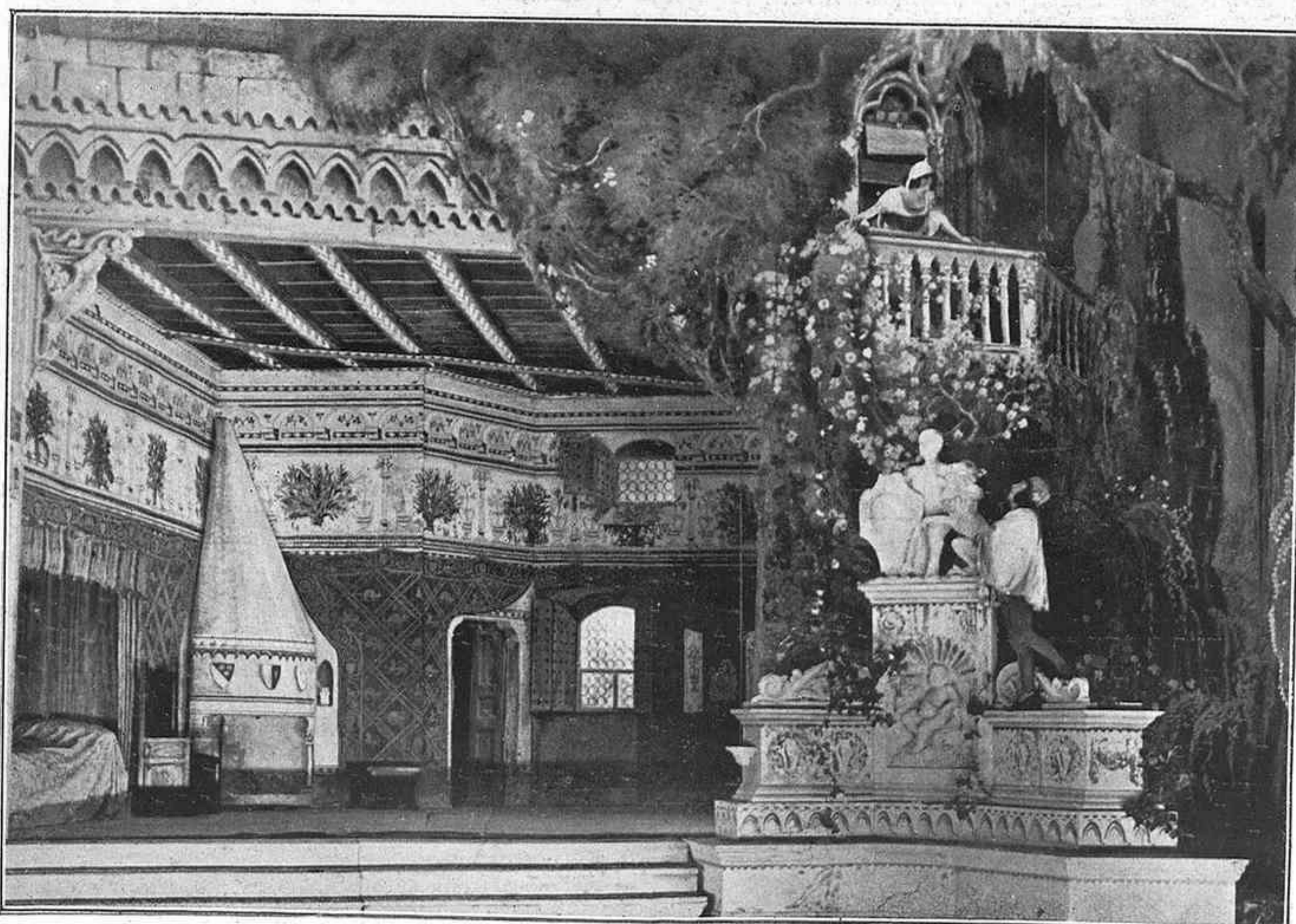
El decorado, obra de Olegario Junyent, es digno de tan justamente reputado escenógrafo por su propiedad y por sus condiciones de colorido y de perspectiva.



El eminente pintor francés Eduardo Detaille, fallecido en París el día 24 de diciembre último. (De fotografía.)



Válvula solar, inventada por Carlos Dalén, uno de los agraciados con un premio Nobel en 1912, que permitirá el funcionamiento automático de las luces del Canal de Panamá.



Barcelona. - Una escena de «Romeo y Julieta» de Shakespeare, que representa con gran éxito en el Teatro de Novedades la compañía dirigida por el notable primer actor Ricardo Calvo. (Fotografía de nuestro reportero Merletti.)



NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Todos los adornos eran de formas bellísimas y artística manufactura. En el suelo no había alfombra ni linóleo, y estaba lleno de manchas de ácidos y líquidos corrosivos.

Gifford se maravillaba mientras seguía al pequeño nipón de cómo los sabuesos de la Seguridad habían dejado de rastrear en aquella selva química del doctor Tsarka. Su guía le condujo por una escalera pendiente de piedra a un jardín que tenía enfrente al laboratorio del profesor Móritz, por el lado de Poniente.

En la atmósfera flotaba un olorillo liento denunciando el descuidado verter de residuos de vitriolo y aguas saturadas de substancias químicas. Rodeaba el jardín un alto muro y húmedos y musgosos árboles irguiéndose a más altura que él quitaban la vista a las ventanas de las vecinas casas.

- Mi amo, dijo el criado, en cualquier parte duerme menos en la casa. Los ruidos callejeros le molestan: el ladrido de los perros, los vocedores de periódicos.

- ¡Y eso que tu amo es un especialista en enfermedades nerviosas!, exclamó Gifford riendo al tiempo que el nipón se detenía ante la puerta de un pabellón recién pintado.

- El médico no es siempre quien mejor se cura a sí mismo, gruñó el criado. En mi misma cabeza hay ruidos que ni él los puede poner a tono. Entre usted ahora y háblele de las cosas que tanto inquietan a usted.

Atravesando la puerta principal del pabellón, Gifford entró con su guía, y con sus finos sentidos percibió una atmósfera muy ionizada, impregnada con humo de tabaco fuerte.

El nipón desapareció de su lado dejándole asombrado en las tinieblas de aquel pabellón exterior. En toda su vida no había conocido Gifford el miedo. Habíase encontrado en más de un trance desesperado, en toda clase de peligros, ante toda suerte de horribles riesgos; pero hasta entonces no había experimentado el sentimiento de terror desconocido que le envolvió y pasó por su ser todo, haciéndole estremecerse con pavor insólito.

Poco a poco, imperceptiblemente se dió cuenta de que tenía ante él, a distancia de un brazo, un rostro humano y que este rostro era de una persona baja, anchota y fornida que surgiendo como por encanto del suelo le abarrotaba la muñeca izquierda y le oprimía la garganta.

El puño derecho de Gifford sacudió al aire un tremendo golpe pretendiendo herir el rostro de su casi invisible adversario, y luego le asestó otro con más vigor para desasirse de los férreos brazos que le oprimían.

blas, seguida por el inconfundible clic de un conmutador eléctrico. Instantáneamente la habitación quedó inundada de una intensa luz que reveló a sus atónitos ojos un aposento oblongo, amueblado yalhajado como a la última lo podría tener un elegante de Piccadilly o un conocedor de arte y riquísimo aficionado.

Al extremo opuesto de la habitación y bajo un conjunto de tapicería y biombos, había una otomana de color escarlata, bordada, y con un brazo de bronce, soporte de una lámpara de lectura, en su parte superior. Bajo la lámpara, arrebujada entre los amontonados almohadones y cojines, estaba recostada una figura acartonada, vestida con bata amarilla.

Por un instante se presentaron a la mente de Rénwick todas las historias de enanos y de duendes que había leído en su vida. La figura sentada en la otomana difería de los duendes y trasgos pintados en los libros sólo en el rasgo de las facciones: éstas eran evidentemente japonesas y demostraban con alegre risa la diversión que había producido en la figura la extraña entrada del detective.

- Usted perdone, empezó Gifford, dándose a sí mismo bríos como quien se recobra de una conmoción grave. El criado me ha dicho que encontraría aquí al doctor Tsarka.

La figura de la otomana se inclinó hacia delante dejando ver sus hombros estrechos y un casquete, a manera de solideo, perfectamente ajustado a la cabeza.

- Yo soy el doctor Tsarka. Mi *confrère* Horubu le habrá tratado a usted ásperamente; quizás algo violentamente, lo presumo, dijo con decisión. Horubu tiene la manía de las persecuciones; las apariciones no le dejan tranquila la cabeza. A buen seguro que lo ha tomado a usted por un anarquista.

Esta última palabra fué pronunciada maliciosamente, y en la breve pausa que la siguió Gifford estudió la frente capaz y las facciones bastante bien formadas de aquel rostro. Instintivamente conoció que tenía ante sí un criminal dextrísimo, un hombre de cuerpo endeble, pero cuyo solo aspecto revelaba las titánicas energías de su mente.

Con todo, el inglés, impresionado como estaba por la personalidad del doctor Tsarka apenas pudo reprimir una sonrisa ante lo diminuto de su figura y posición semiseria, semirridícula.

El pequeño doctor interrumpió el rápido curso de



Gifford estaba absorto en la contemplación de las tenues venillas ultramarinas...

Con el ímpetu de su propia embestida y arrastrado también por su enemigo cayó en tierra forcejeando y rugiendo como un león entre los anillos de una serpiente boa. No se produjo ruido alguno, hasta que el detective sintió oprimir sobre sus ojos una masa blanda y esponjosa que se la retiraron en seguida. Entonces oyó un gruñido salvaje de satisfacción y percibió que a su derecha se cerraba una puerta, quedando él palpitante y anheloso, desconcertado y sin poder comprender la naturaleza de aquel misterioso ataque.

Una repentina carcajada repercutió en las tinie-

sus pensamientos levantándose de la otomana y asumiendo una actitud napoleónica tras el brazo de la lámpara de lectura.

— Su asunto de usted, el motivo de su presencia aquí es de tal naturaleza, que nuestro cónsul de Londres lo podría haber tramitado. Ha cometido usted un error craso, una pifia grave que le puede costar muchas noches de insomnio.

Rénwick se daba cuenta de una ligera sensación punzante en ambos ojos, acompañada por resplandores de luz purpúrea al través de la retina. A cada intento de abrir los ojos sucedía una serie de punzadas como las que le produciría una aguja y que le hacían casi gritar.

Un suspiro de pena se escapó del pecho del diminuto especialista neurálgico al contemplar la figura vacilante del detective.

— Después de un rato se acostumbrará usted a esas llamaradas lumínicas, le dijo. Además percibirá usted rayos verdes y nieblas violadas, y después sufrirá usted la irrupción del tono ultramarino. Personalmente, añadió con chunga, le recomiendo los rayos verdes; dicen muy bien a la complexión de la mayor parte de los jóvenes británicos.

Gifford, con un sentimiento de angustia, buscó a tientas una silla mientras con su mano izquierda escuchaba sus ojos contra el penetrante claror de la bombilla eléctrica.

— En verdad, dijo secamente al punto que se sentaba en la silla, único alivio del temblor que en las piernas sentía; los resplandores luminosos que veo deslumbran. ¿Es por ventura que la esponja que me han restregado por la vista contenía algún veneno?

— Mi *confrère* Horubu es capaz de todo cuando ve amenazada su libertad. Se anticipó porque preveía el por qué de su venida de usted.

A esta respuesta desapiadada, Gifford se oprimió fuertemente los cerrados ojos con los dedos extendidos como para detener el torrente de dolor que le destrozaba los nervios ópticos. Le pareció que había caído en poder de una pandilla de duendes médicos.

Todas sus ideas, todas sus preocupaciones referentes al radio Mórítz quedaron borradas ante los curiosos fenómenos lumínicos por los cuales estaba pasando.

El doctor Tsarka se dirigió a él, murrioso.

— Usted ha venido para prenderme o prender a mi hija y encerrarnos en vuestros horribles calabozos. Hace días que ha seguido usted a Pepio, y ha sobornado al chofer de mi hija para que disminuyese la velocidad del auto cuando usted le hacía una seña desde el que montaba usted.

Gifford estaba absorto en la contemplación de las tenues venillas ultramarinas y purpúreas que relumbraban en su palpitante cerebro. Cada esfuerzo que hacía para mirar al doctor Tsarka le ocasionaba un nuevo pinchazo de dolor hasta que toda la habitación le pareció resolverse en volcán de llamas cegadoras.

Tales eran las circunstancias concomitantes de la situación en que se hallaba, que Rénwick se consideraba perdido. El solo pensamiento de la ceguera lo dejó helado. A otros detectives los habían dejado fuera de combate con el uso de anestésicos, pero al ingenio oriental estaba reservado inventar un nuevo método para desbaratar a los visitantes inoportunos.

El diminuto doctor japonés respiraba junto a él, demostrando cierta curiosidad profesional.

— El ojo humano, exclamó, es un instrumento maravilloso. Engaña al entendimiento y llena el corazón de alegría incommensurable o de tormento.

Gifford retrocedió. Parecía como si la garra de un águila se hubiese clavado en sus ojos. Moverse hacia atrás o adelante constituía empresa de considerable peligro. Todo el aposento le parecía envuelto en el volcán de los purpúreos rayos. Sólo veía la bombilla de la luz eléctrica sobre su cabeza; la figura del Dr. Tsarka parecía un gnomo borroso, la sombra de un trasto que gesticulaba, que fumaba un cigarrillo...

— Ha tenido usted la desgracia de entrar en el teatro de mis operaciones en el momento en que mi colega Horubu hacía un experimento sobre la actividad molecular, explicó el diminuto especialista. Sus ojos de usted han quedado filamentosos, rígidos. Un día de éstos puede usted recobrar la vista; pero hasta entonces está usted a mi disposición.

Con sólo extender el brazo podía Gifford de un golpe haber dejado sin resuello aquella figurilla que se erguía a su lado. Pero se refrenó pues no se le ocultaba que al menor asomo de violencia por su parte, una turba de criados nipones acudirían en defensa de su amo.

En el aposento no se oía otro ruido que el de las chinelas del Dr. Tsarka al pasear. Después percibió

el detective el teclateo de una máquina de escribir, y el sonido coquetón del timbre que anunciaba el fin de las líneas escritas, y el *ras* del cilindro al volver, una vez escrita la línea, a su primitiva posición. Rénwick conoció que el diminuto especialista era quien manipulaba la máquina. Cesó el ruido de ésta y el detective oyó el crujido de un papel junto a sí.

— Amigo mío, exclamó el doctor hablándole de cerca; firmará usted esta carta. Es para su jefe.

Gifford se encogió de hombros y secamente repuso:

— Léala en voz alta.

El Dr. Tsarka hizo una pausa para marcar con su lápiz una ligera corrección. Después con voz distinta y clara leyó:

«Muy Sr. mío: Inesperadamente he tropezado con un rastro notable para adquirir una información cuya importancia en el descubrimiento de los ladrones del radio es grandísima.

»El «rastro» sale esta noche para París y yo voy detrás. Dentro de un día o dos telegrafiaré resultados.

»De usted etc.»

El Dr. Tsarka le puso la carta en la mano.

— Sea usted tan amable que me deje obligado firmando esta carta. Le puede librar a usted de otro bombardeo de rayos violados. ¿Convenidos?

Gifford apretó la carta entre sus dedos. Comprendía que la primera acción del Dr. Tsarka era impedir que otros detectives le siguiesen los pasos. Apartó de sí la carta.

— No me siento inclinado a firmar mi sentencia de muerte. Dr. Tsarka, supongamos que dejamos a los acontecimientos seguir su curso...

— Cursó que no será muy agradable para usted. Porque, dijo el doctor volviéndose de pronto a Rénwick, usted tiene un amigo llamado Hackett. ¿Sabe él que ha venido usted aquí?

— Lo puede adivinar. Frecuentemente adivinamos nuestras mutuas intenciones sin decimos nada.

— Bueno: firme usted. Le prometo que no le ocurrirá a usted otro daño. Pero..., ¡por los dioses, si no firma!

Rénwick sintió junto a su sien el frío de un cañón metálico, mientras unos dedos de hierro le asían el brazo.

— Dispare, exclamó Gifford con pasión. Ya me ha soltado usted el peor disparo, me ha descargado el golpe más terrible. Siga pues adelante.

El doctor nipón retrocedió y se paró a cierta distancia para contemplar la erguida y pálida figura del detective, de pie en medio de la habitación. El biombo plegadizo sito a su lado se movió y apareció un rostro que con la misma admiración que el doctor contempló a Rénwick.

— ¡Fuera tú! Este es asunto mío, Satolaya, dijo el especialista.

El rostro se ocultó. El Dr. Tsarka inclinó su cabeza y continuó dirigiéndose a Rénwick:

— No me obligue usted a medidas extremas. No tengo por qué hacerle mal. Ponga la mano sobre el papel y firme. Aquí está la pluma.

— ¿Intenta usted retenerme aquí?

— Será usted mi huésped solamente por dos días, ni una hora más. Si hace usted tan siquiera la tentativa de evadirse...

— ¿Qué?

El Dr. Tsarka emitió de su garganta un ruido extraño, ni grito ni risa, y preguntó tras breve pausa:

— ¿Por qué quiere usted morir desagradablemente? Esto no es heroico. Si yo le aplicase a usted una corriente de medio millón de voltios no se oiría el menor ruido, nadie sabría una palabra de ello. Aquí no hay espectadores que aplaudan su determinación de usted, ¡tome ese papel y firme!

Rénwick permaneció inmóvil en el centro de la sala, de pie, atento como quien ausculta los latidos de su propio corazón.

— Quiero preguntar a usted, Dr. Tsarka, si esto (tocóse sugestivamente los ojos) es una ilusión no más o un total eclipse de la visión. ¿Es que me quedaré ciego?

— No es mera ilusión, replicó prontamente el doctor. Quedará usted ciego para siempre a menos que en el término de unos cuantos días no se le apliquen ciertos remedios.

Gifford hizo un movimiento de cabeza y después con voz más clara preguntó:

— ¿Qué quiere usted significar por «ciertos remedios»? ¿Cree usted que un oculista ordinario podría reparar las lesiones causadas en mis ojos?

El Dr. Tsarka hizo una zalema al medio cegado detective y replicó:

— En Inglaterra sólo una persona puede curar a usted. Una señorita, investigadora concienzuda de la nueva ciencia radiomagnética.

De nuevo Rénwick inclinó la cabeza en señal de inteligencia.

— ¿De modo, dijo, que si no firmo esta carta se propone usted detenerme aquí hasta que no tenga remedio mi ceguera?

— Firme usted, respondió severamente el doctor nipón. Nosotros los japoneses amamos a los valientes, pero a los estúpidos los adornamos con orejas de asno.

— Venga el papel y guíe usted mi mano, oh hombre de mezquinas iniquidades.

Extendió sus dedos con gesto propio de ciego, el Dr. Tsarka guió su mano sobre el papel y después de escudriñar detenidamente la firma puso la carta dentro de un sobre.

Sin producir casi el más leve ruido se dirigió hacia los entrecruzados biombos y salió de la habitación.

## II

Quedó ésta envuelta en el más alto silencio y Gifford esperó ansioso, como un león cogido en la trampa, algún nuevo ataque o que alguien se le aproximase. Durante su larga lucha con la población criminal asiática de Londres no había jamás encontrado cosa alguna que tan completamente destruyese el dominio que tenía de sí mismo como la momentánea presión de la esponja de radio de Horubu, pues ya estaba persuadido de que en su breve pugilato el japonés había puesto sobre sus ojos alguna substancia radioactiva.

El asunto que le había llevado a casa del especialista neurálgico japonés se desvaneció en su mente por entero ante la consideración de su propio estado. Entre las desgracias que afligen a los hombres, más que ninguna otra temía la ceguera. A duras penas pudo reprimir una lágrima mientras prestaba anhelosa atención a cualquier ruido que pudiese percibir en la profunda calma del teatro de operaciones del doctor Tsarka.

Durante aquellos breves momentos la desesperación de Gifford fué realmente espantosa. Al fin de su carrera se encontraba absolutamente derrotado y aniquilado por un golpe de una mano diestra en los usos mortales de la cirugía del radio. Su ceguera podía ser transitoria o durar toda su vida. Y él había esperado que su carrera sería larga, que en ella recogería laureles o por lo menos sería utilísimo a la sociedad; porque para él la supresión de la criminalidad había llegado a ser un culto, una religión a la que se había entregado poniendo todo su entendimiento y todo su valor en el desempeño de su servicio.

Su padre, capitán retirado del ejército, había fallecido dejando en situación angustiosa a él y a su madre cuya primera educación no la hacía apta para la lucha por la existencia. Así es que Gifford, a los veintidós años, había tomado sobre sí el peso de la casa para ganar el sustento de su ya anciana madre y rodearla de las comodidades a que estaba acostumbrada. Pero el fracaso, frío e implacable, había saltado sobre él. El querer descifrar el misterio del radio Mórítz, que ya había esterilizado la carrera a varios agentes de la Seguridad, le había marchitado también la suya.

El deseo de Gifford por recobrar el perdido radio había crecido en intensidad desde que supo que el profesor Mórítz trabajaba para extinguir la más temida de las calamidades de la humanidad: el cáncer, y que nunca podría reemplazar el precioso material que de una manera tan eficaz había contribuido a sus descubrimientos.

El Dr. Tsarka volvió, inesperadamente para Rénwick; en su diminuto cuerpo se notaba una excitación de buen humor.

— Ahora que su carta de usted, Mr. Rénwick, ha salido para su destino, podemos adoptar una actitud más amistosa.

Alcanzando una caja de cigarrillos de un *etagere* cercano profirió sonriente:

— Los encontrará usted excelentes para los nervios. Y añadió: Aunque es verdad que los hombres de ciencia no hon proclamado aún al tabaco antídoto contra el envenamiento por el radio.

Gifford aceptó un cigarro puro y tropezó en una silla. El dolor penetrante de sus sienas se le fué calmando con la influencia del rico aroma del tabaco.

El Dr. Tsarka fumó un cigarrillo de papel emboquillado. Recostado en su otomana miraba sonriendo a Rénwick.

— Lamento que mi colega haya sometido a usted a la acción de la esponja. Comprenderá usted que su acción nació del deseo muy justo de protegerse a sí mismo y a mí contra la persecución de la policía.

— Mi deber era investigar y proceder a un arresto a ser posible, admitió Gifford.

El nipón rióse beatíficamente mientras que el humo del cigarrillo se elevaba en espirales lentas de su boca.

— Ha venido usted por el radio Mórítz y ha salido con unos cuantos filamentos en los nervios ópticos. Gífford no pudo contenerse.

— ¿De modo que usted confiesa que el radio está en su poder?, exclamó.

Tsarka daba vueltas a su cigarrillo entre el índice y el pulgar cada vez con más rapidez.

— En toda su vida de usted no conseguiría usted probar el hecho, dijo murmurando. Con todo, Horubu lo ha empleado ahora ventajosamente.

— ¡Para dejarme ciego! ¡Noble pensamiento, doctor Tsarka!

— Por lo menos dramático.

El diminuto especialista japonés daba vueltas a su cigarrillo con asombrosa ligereza. Pero ni por un instante se apartaron sus ojos de la encogida figura del detective que estaba sentado en la silla frente a él.

— Nosotros los japoneses, continuó, no despreciamos las ocasiones; a la primera señal de la presencia de una zarpa de tigre, saltamos también y... damos duro.

Gífford suspiró y repuso con tono de amargura:

— De aquí adelante mireme ustedes como un tigre pintado, de papel. Un tigre verdad, como debía de haber sido, hubiese levantado la tapa de los sesos a usted y a Horubu el primero de manos a boca, al primer encuentro.

Sus palabras fueron acogidas con inusitada alegría. En su excitación de risa Tsarka pateó con sus enchinclados pies contra la otomana mientras su rostro se arrugaba como bronce martillado.

— Está usted emocionado, Mr. Rénwick, pero la cabeza la tiene algo desequilibrada. Gracias que no haya usted intentado obrar violentamente.

Nublóse su rostro con una expresión de lívido furor, que desapareció al momento.

— La mayor parte de nosotros, siguió diciendo, preferimos la muerte al presidio. Horubu y yo no nos andamos con chiquitas.

Gífford fumaba en silencio mientras las punzadas de dolor en las sienas se le iban disminuyendo. Las extrañas confesiones del doctor le intrigaban. Raras veces un asiático se implica a sí mismo voluntariamente en un hecho punible. Pero el joven detective conocía bastante el ingenio oriental, sus inconsistencias vanas y sus engaños para que atribuyese mucha importancia a las afirmaciones gratuitas del doctor.

No obstante, no estaba dispuesto a detener la avenida de información que espontáneamente fluía de los labios del especialista.

Inclinóse desde su silla, cubiertos sus ojos con la mano izquierda y exclamó:

— Dr. Tsarka, con toda franqueza rindo tributo y homenaje a su ingenio y talento. Cuando un extranjero tiene la sabiduría de burlar la sagacidad y destreza de los detectives ingleses uno no puede por menos de manifestarle su admiración.

El disparo produjo efecto. La latente vanidad de Tsarka pareció avivarse. El hombrecillo gesticuló con su cigarro de papel.

— Me ha divertido en grande la actitud de la Seguridad respecto al caso Mórítz. Que varios de sus detectives son unos mostrencos ni qué decirse tiene.

— Ha sido usted ingeniosísimo, replicó el inglés, logrando despistar a los hombres más célebres de nuestro tiempo...

— Sí, hemos salido con éxito porque los agentes de la Seguridad carecen de imaginación. Se ponen a trabajar como herreros que quisieran desenredar un manojo de hilos finísimos a martillazos. Escuche.

Algo decía a Rénwick que el doctor japonés estaba de humor de confidencias y el detective fumaba ansiosamente sin osar interrumpir el hilo del discurso del diminuto especialista. Con toda su prevención y doblez el Dr. Tsarka lisonjeóse por la alabanza del inglés; y sintiéndose seguro en su propia casa su vanidad oriental anheló el aplauso del que admirado le escuchaba.

— Ustedes los ingleses, dijo, son muy ingeniosos;

son ustedes corpulentos, valientes; se batían en la guerra como leones, pero (se recostó en la otomana, mientras brillaba en sus ojuelos una alegría reprimida) carecen ustedes de imaginación. No han aprendido ustedes a pensar como piensan los niños. Si ven ustedes una margarita en el prado para ustedes sólo es una margarita, nada más.

— ¿Pues qué es para usted?, interrogó Gífford.

El Dr. Tsarka se encogió de hombros.

— Para la mirada de un niño puede ser algo más: el sombrero de una hada, una gota de oro en el ojo



Estaba yo sentado en el jardín, cerca de la boca de la cañería de desagüe...

de un duende que anda, pero nunca una simple margarita. Nosotros los japoneses somos aún niños. Para nosotros el cañón de 12 pulgadas es todavía el dragón de la guerra dispuesto a enviar el mensaje de muerte a los enemigos de nuestro pueblo. Y... así, cuando aplicamos nuestra imaginación pueril a la disposición y ejecución de nuestros planes logramos que una institución como la Seguridad se quede boquiabierta ante lo que sus agentes han querido llamar insondable misterio.

Gífford había esperado más claridad del pequeño doctor y sintiéndose chasqueado no pudo por menos de exclamar:

— Bah, se conmueven los montes y sale de ellos un ratón...

— No; ¡una rata!

El Dr. Tsarka pegó un gran chupetazo a su pitillo, puso éste en el molino de sus dedos y continuó:

— Fué una rata pequeña la que se burló de una veintena de los más brillantes detectives londinenses cuando quisieron poner en claro el asunto Mórítz. El día que el profesor Mórítz adquirió sus seis granos de radio lo supimos por la prensa. Durante más de un año seguí con detención los resultados de sus experimentos en la curación del cáncer. Era cosa sabia que Lord St. Ellesmayne, presidente de la Sociedad Anticancerosa le había regalado el radio. Pues bien, si he de ser franco con usted, debo decirle que para unos experimentos míos necesitaba yo esos granos de radio. No disponía de la suma que la compra de tan caro producto me hubiese costado y el hecho de estar mi casa contigua a la de Mórítz me sugirió el pensamiento de «pedírselos prestados» sin que él se enterase de ello.

El Dr. Tsarka se interrumpió para encender otro cigarrillo y el resplandor del fósforo iluminó sus pupilas con una brillantez peculiar metálica.

— Ya tenemos aquí, continuó, la imaginación pueril de los japoneses cuando la dirigimos contra una obra de realización, al parecer, imposible. La lectura de una fábula de Narcisino — el poeta japonés de los Siete Lagos —, me sugirió un bello pensamiento. Era la historia del Dragón y de la Rata. Mentalmente coloqué a Mórítz en el Castillo del Dragón, porque poseía el fuego encantado que yo tan urgentemente necesitaba para mis experimentos.

»Horubu, después de gran trabajo y muchos gastos, obtuvo un plano de la casa del profesor Mórítz

y se lo proporcionó el arquitecto que la edificó. El estudio del plano nos persuadió de la imposibilidad de entrar en el laboratorio sin matar a todas las personas de la casa y dejar rastros de nuestra presencia por todas partes. Así, pues, estudiamos la disposición de sus cañerías y pusimos en acción a la pequeña Kezzio.

— ¡Kezzio!

Rénwick se inclinó hacia la otomana y después de esta exclamación, preguntó:

— ¿Quién es Kezzio?

Al responder, los ojos del Dr. Tsarka rebosando la alegría de su satisfecha vanidad, casi se cerraron:

— Kezzio es la rata blanca de Nagasaki. Me la regaló un mago llamado Sere Sani.

Rénwick le miró con asombro.

— ¡Usted, Dr. Tsarka, el eminente hombre de ciencia, hablando de magos!

— Sere Sani, continuó impasible el Dr. Tsarka, era hombre inofensivo, y sus varitas de virtudes de papel dorado, sus flores que crecían a la vista de los espectadores no hacían mal a nadie. Si tomamos la rata Kezzio es porque tenía el entendimiento de un niño y los recursos mañosos de un ladrón de alcantarilla.

»Después que hubimos estudiado el sistema de cañerías de desagüe del laboratorio Mórítz nos ocupamos en adiestrarla. Horubu había descubierto que estas cañerías se juntan con las nuestras en la unión del muro de la casa y del jardín. Las mías se enchufan con las de mi vecino por la derecha, y las de Mórítz se unen a las nuestras por la izquierda.

»Todos sus residuos y lavazas químicas desaguan por nuestro jardín.

Un día abrí las cañerías para examinar las aguas químicas que conducían y se me ocurrió una idea. Como madama Curie, yo estaba ansioso por saber lo que mi hermano de ciencia tiraba. Recogí algunos trozos grandes de sales de níquel y de éstas inferí que la cañería no tenía rejilla. A causa de esto se me ocurrió enviar a su laboratorio por la cañería a la inteligente Kezzio.

Rénwick se había medio levantado de su asiento y se sentó bruscamente murmurando entre dientes:

— La cosa no puede ser más pueril; absurda.

— Mórítz trabajaba metódicamente en horas determinadas, siguió diciendo el Dr. Tsarka sonriendo a Rénwick, y por la experiencia que tengo de todos los laboratorios ingleses conjeturé que no se apartaría nunca de su radio.

»Teníamos un gran modelo de su laboratorio, y por la sombra del profesor cerca de la ventana enrejada supimos que la mayor parte de sus experimentos los hacía en una mesa marmórea frontera a la ventana y adosada a la pared. Junto a ésta había un sumidero de piedra blanca y sobre éste en el muro, dos espitas para agua fría y caliente.

»Pues bien, empezamos enviando a Kezzio a través de la cañería de nuestro gran modelo a la mesa de mármol de éste, que representaba el sitio exacto donde el profesor Mórítz depositaba su tubito de radio cuando cruzaba el laboratorio para acudir si le llamaban al teléfono.

»Al principio Kezzio no gustaba del paseito por la cañería; pero un poco de hambre y de engatusamiento la hicieron cambiar de ideas. En menos de una semana comenzó a entender algo de su trabajo.

— ¡Trabajo!, exclamó Rénwick dejando caer la ceniza de su puro sobre su rodilla. De seguro no querrá usted significar que...

Pero se detuvo y se llevó ambas manos a los ojos oprimiéndoselos, porque un rayo de luz los había atravesado causándole agudo dolor.

— Siga, siga usted, dijo con firme voz. Dispense mi interrupción, Dr. Tsarka.

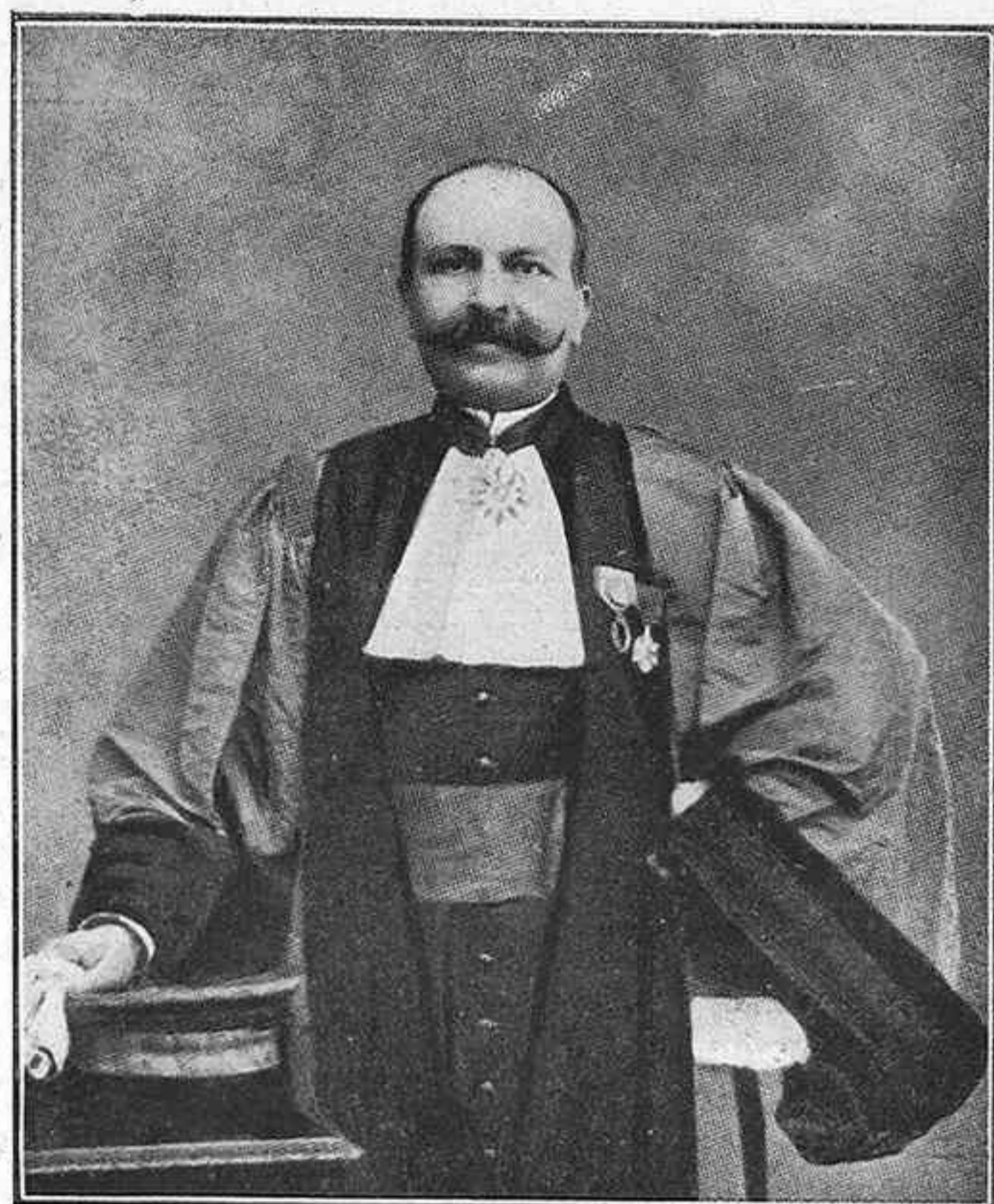
El diminuto especialista inclinó amablemente la cabeza y prosiguió:

— Enseñamos a la rata a coger un tubito de cristal que contenía unas partículas de fósforo y a que voliese con él por una cañería curvada. A usted le parecerá el recurso tonto e increíble, pues tiene mil probabilidades en contra.

(Se continuará.)



Alejo Cárrel, de Nueva York,  
premio de Medicina



Pablo Sabatier, de Tolosa,  
mitad del premio de Química

Los premios Nobel han sido adjudicados en 1912 en la forma siguiente: el de Física, al ingeniero sueco Gustavo Dalén; el de Química, por mitad, a los profesores Francisco Grignard, de Nancy, y Pablo Sabatier, de Tolosa; el de Medicina, al Dr. Alejo Cárrel, de Nueva York; y el de Literatura, al dramaturgo alemán Gerardo Hauptmann. El premio de la Paz no se ha adjudicado.

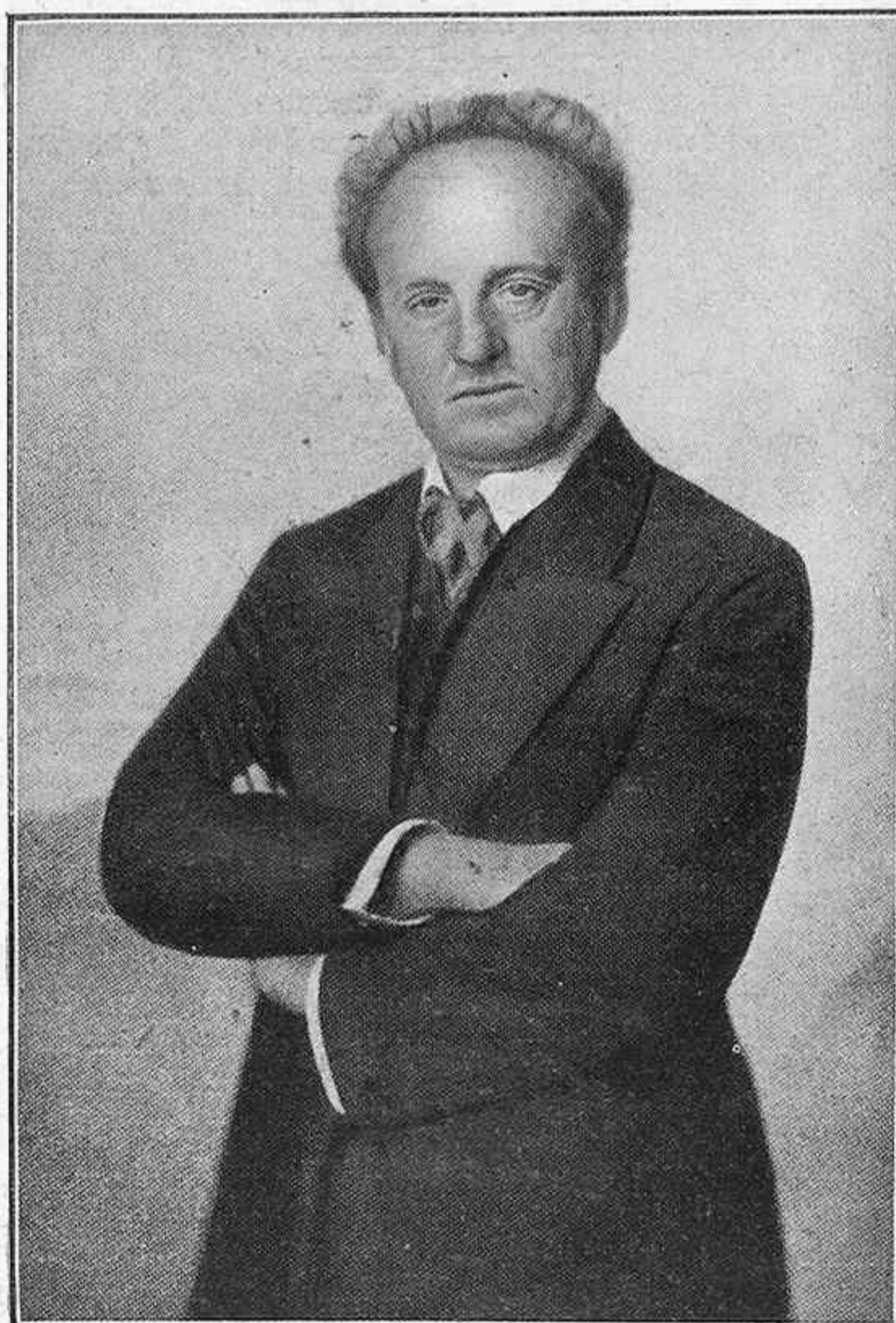
Gustavo Dalén nació en Stenstorp en 1869. Después de haber estudiado en su patria y en el Politécnico de Zurich, entró en la fábrica de turbinas de Laval. En 1905 fué nombrado primer ingeniero de la Sociedad sueca de Acumuladores de gas y en 1909 ingeniero director de la misma, cargo que en la actualidad desempeña. Los principales trabajos de Dalén se refieren al sistema de iluminación de los faros. Antiguamente para obtener las luces intermitentes se utilizaban pantallas de distintas clases; en el invento de Dalén, el gas acetileno, puesto a gran presión en un recipiente lleno de materia porosa, se enciende y se apaga periódicamente. Este invento lo completó el ilustre ingeniero con el de la llamada válvula solar; la luz del sol determina un aumento de temperatura por virtud del cual la válvula se cierra y la luz se apaga, volviendo a encenderse automáticamente cuando oscurece o hay niebla o llueve mucho. De este modo ha conseguido el inventor un sistema de alumbrado de faros automático que hoy se emplea en todo el mundo y que se utilizará también para la iluminación del canal de Panamá.

Hace pocas semanas, Dalén fué víctima de un grave accidente a consecuencia de una explosión ocurrida en la fábrica de la que es director, habiendo perdido completamente un ojo y quedado con el otro tan dañado, que no se sabe si podrá salvarse.

Pablo Sabatier, decano de la facultad de Ciencias de Tolosa, nació en Carcasona en 1854, fué discípulo de la Escuela Normal superior y en 1877 obtuvo el número 1 en el concurso de agregación de Física. Fué profesor del Gimnasio de Nimes; desde 1878 a 1880, preparador de Berthelot en el Colegio de Francia; en 1880, doctor en Ciencias y profesor de la facultad de Ciencias de Burdeos. En 1884 entró en la Universidad de Tolosa para enseñar Física y en 1884 fué nombrado profesor titular de Química de la misma.

Ha publicado cerca de trescientos artículos y noticias sobre química aplicada a la física, a la agricultura, a la mineralogía

## LOS AGRACIADOS CON LOS PREMIOS NOBEL EN 1912



Gerardo Hauptmann, dramaturgo alemán,  
premio de Literatura

y a la industria. En 1897 obtuvo el premio Lacaze, en 1905 la mitad del premio Jecker y en 1901 fué nombrado miembro correspondiente de la Academia de Ciencias.

Los trabajos más conocidos de Sabatier se refieren a la hidrogenación y deshidrogenación por la catálisis. Además se ha ocupado en investigaciones sobre la rapidez de la reacción, sobre las relaciones entre los colores de un cuerpo y las propiedades químicas de éste y sobre la formación natural del petróleo. En 1906, el eminente químico Moissan le propuso ya para el premio Nobel, propuesta que apoyaron los profesores Baeyer, de Munich, y Fischer, de Berlín. En 1907, a la muerte de Moissan, le fué ofrecida la cátedra que éste desempeñaba en la Sorbona, pero él declinó el ofrecimiento, prefiriendo continuar en su cátedra de Tolosa.

En mayo de 1911 dió en la Sociedad Química Alemana de Berlín una notabilísima conferencia pública sobre sus trabajos.

Francisco Grignard nació en Cherburgo, estudió en la Escuela Normal y Especial de Cluny, tomó los grados de licenciado y de doctor y comenzó su carrera de profesor como preparador de química en la facultad de Ciencias de Lyon. Fué luego profesor auxiliar en las universidades de Lyon, Besanzón y Nancy, y en 1910 obtuvo la cátedra de química de esta última.

Sus numerosos trabajos sobre las aleaciones orgánicas del magnesio, en cuya aplicación se funda la reacción Grignard que de tanta importancia ha sido para la síntesis orgánica, y sobre otros temas le valieron en 1901 y 1902 el premio Cahours y la medalla de Berthelot y en 1906 el premio Jeckers.

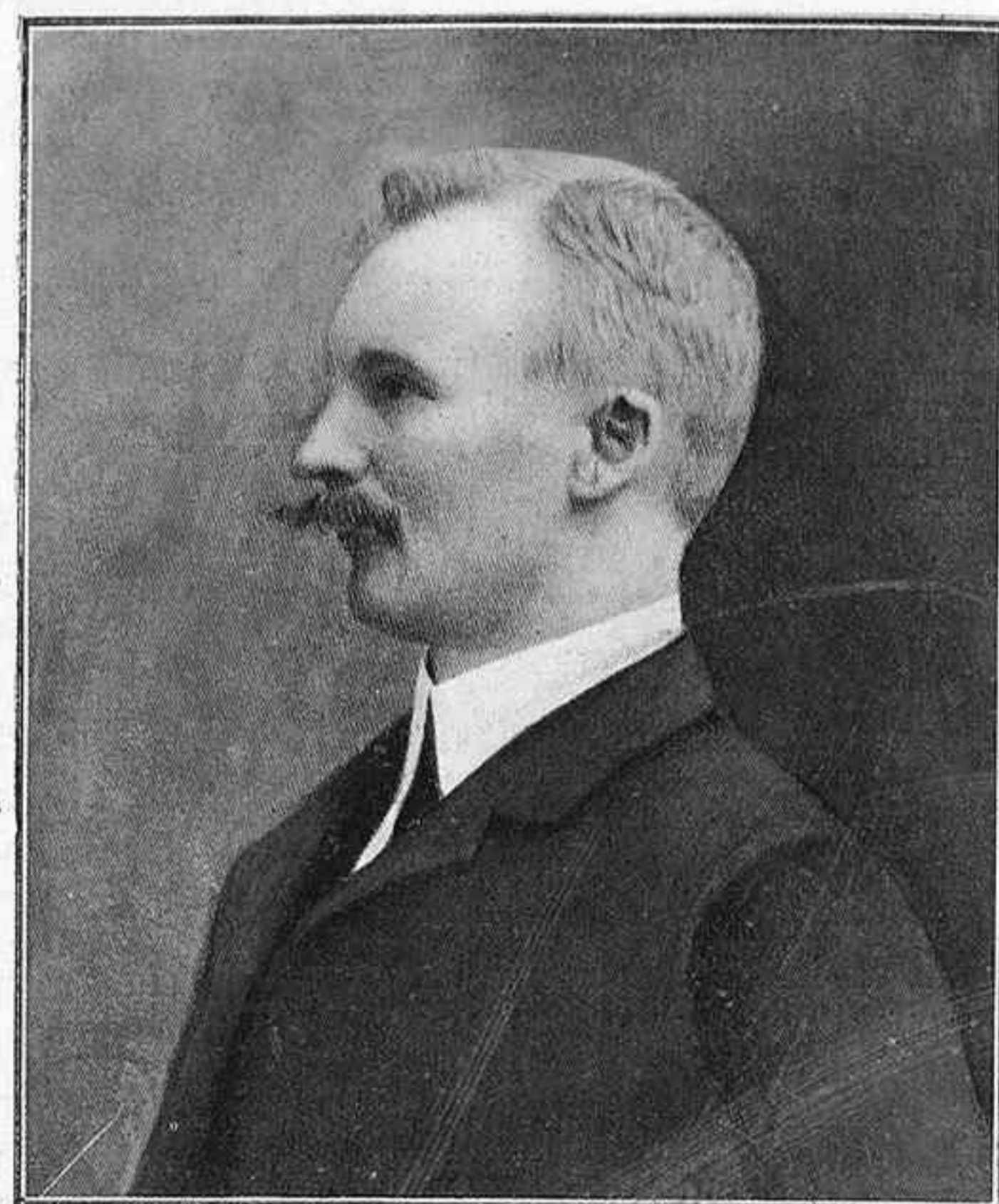
El Dr. Alejo Cárrel, del Instituto Rockefeller de Nueva York, es hijo de Lyon, cuenta en la actualidad treinta y nueve años y su nombre es hoy universalmente conocido por sus trabajos y descubrimientos geniales. Gracias a una asepsia perfecta, ha podido suturar, con hilos de una extremada finura, dos vasos sanguíneos por sus extremos y aunque estos atrevidos experimentos sólo los ha realizado hasta ahora con animales, ellos permiten abrigar grandes esperanzas para la curación de aneurismas, tratamiento de los bocios, etc.

Estas suturas, sin embargo, sólo pueden hacerse con fragmentos de vasos vivos; y esto, que resulta muy sencillo tratándose de experimentos de laboratorio, ofrece una gran dificultad cuando se trata de la cirugía en el cuerpo humano, pues es preciso disponer de vasos de recambio vivos. El Dr. Cárrel se dedicó a este segundo problema y logró guardar en tubos de cristal esterilizados vasos extraídos asepticamente de un cuerpo vivo o poco después de la muerte y conservarlos vivos durante meses. Y cuando reanudó sus experimentos con estos fragmentos conservados, las suturas resultaron tan perfectas como las hechas con vasos frescos.

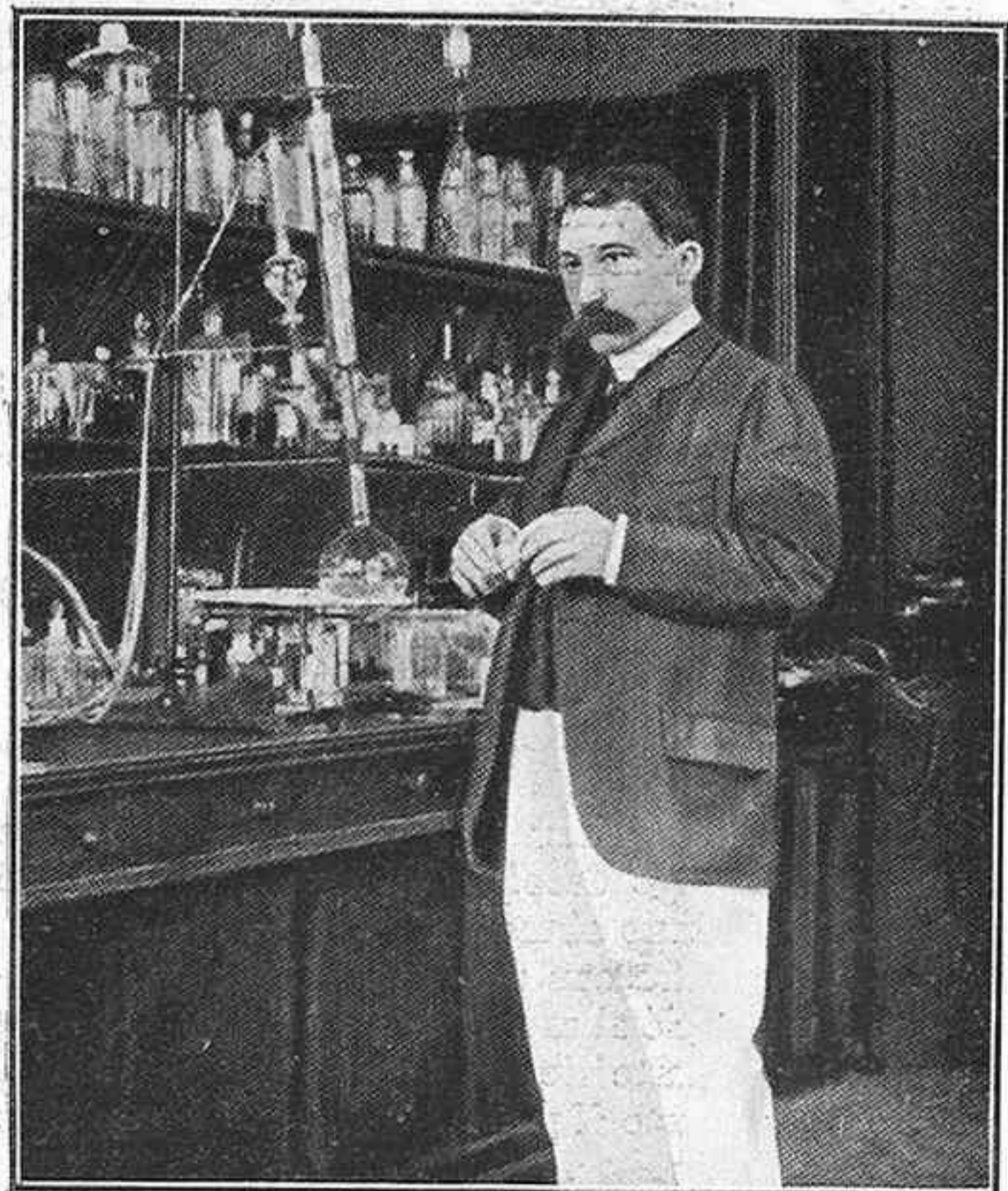
Pero aun ha hecho más. Extendiendo su método a los mismos órganos, el joven sabio intentó su transplatación y sucesivamente extirpó temporalmente y replantó un riñón en un mismo animal, transplantó un riñón de un animal a otro y un miembro de un perro a otro, insertó un bazo, etc.

Estos experimentos fueron repetidos en todos los laboratorios, hicieron célebre el nombre de Cárrel y conmovieron a los sabios más escrupulosos.

Gerardo Hauptmann nació en 15 de noviembre de 1862 en Salzbrunn (Silesia) y deseando ser escultor entró en la Escuela de Bellas Artes de Breslau, que no tardó en abandonar para estudiar ciencias naturales en las universidades de Jena y de Berlín. Su primera obra, un poema épico aparecido en 1885,



Gustavo Dalén, de Estokolmo,  
premio de Física



Francisco Grignard, de Nancy,  
mitad del premio de Química

carece de importancia considerada desde el punto de vista poético, pero la tiene por su tendencia social y como confesión del credo del autor. Inspirado en las teorías del arte naturalista, escribió, cuatro años después, su primer drama, *Antes de salir el sol*, que se estrenó en el Teatro Libre de Berlín y que llamó mucho la atención. Dió luego a la escena *La fiesta de la paz*, *Almas solitarias* y *Los tejedores*, obra esta última en la que se reveló en toda su grandeza el genio del dramaturgo. Con *La ascensión de Hannele Matern*, que es indudablemente una de las mejores producciones de Hauptmann, pareció abandonar sus antiguas tendencias realistas para rendir culto a un idealismo poético; y dentro de esta misma tendencia escribió *La campana sumergida*, que obtuvo un éxito verdaderamente extraordinario.

Posteriormente ha escrito *El carretero Henschel*, *Miguel Kramer*, *El pobre Enrique*, *Rosa Bernd* y otras que han consolidado su fama de uno de los primeros poetas y autores dramáticos modernos.

La distribución solemne de los premios Nobel efectuóse el día 10 del próximo pasado diciembre, habiendo sido el acto presidido por el Rey de Suecia y asistido a él varios individuos de la real familia.

De los cinco agraciados hallábanse presentes los Sres. Grignard, Sabatier, Cárrel y Hauptmann. El ingeniero Sr. Dalén no pudo asistir personalmente a causa del grave accidente de que había sido víctima pocos días antes, según dejamos dicho al exponer algunos de sus datos biográficos; lo representó su hermano, profesor de la facultad de Medicina de Estokolmo.

Los agraciados recibieron de manos del monarca los correspondientes premios, que ascendían a la cantidad de 193.000 francos cada uno, y por la noche fueron obsequiados con un gran banquete presidido por el príncipe Guillermo, en representación del príncipe heredero, que se hallaba en París.

Al día siguiente el rey Gustavo V dió en su palacio, en honor de los agraciados, un suntuoso banquete, al que concurrieron 175 invitados.

El monarca fué objeto de una ovación entusiasta y el príncipe Guillermo pronunció un elocuente discurso ensalzando la memoria de Nobel, gran bienhechor de la humanidad. El profesor Soederbaum, presidente de la Academia de Ciencias de Estokolmo, brindó por los premiados, quienes contestaron expresando su agradecimiento por la honrosa distinción obtenida. — T.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE PARA 1913. AGENDA DE BUFETE PARA 1913. AGENDA DE BOLSILLO PARA 1913. — La importante casa editorial madrileña de Bailly-Bailliere ha puesto a la venta estas tres obras cuya utilidad no hemos de encarecer, puesto que su mejor justificación está en el éxito cada año mayor de las mismas. El *Almanaque* contiene, entre otras muchas cosas, dietario, calendario gastronómico, recetas útiles, consejos, historia del año en España y en el extranjero, artículos literarios, doce mapas en colores y multitud de ilustraciones. Además, sus compradores tienen opción a 472 valiosos regalos. La *Agenda de bufete* contiene calendario, lista de

santos, dietario, noticias sobre cédulas personales, correos, telégrafos, timbre del Estado, pesas y medidas, índice alfabético de calles, etc. La *Agenda de bolsillo*, además del espacio en blanco para las anotaciones diarias, con el calendario, contiene datos sobre correos, tablas de interés y amortizaciones, pesas y medidas, reducción de monedas, etc. Los precios de estas publicaciones son: del *Almanaque*, 1'50 en rústica, 2 encuadernado y 3 en piel; de la *Agenda de bufete*, 1 a 4 pesetas según las ediciones; de la *Agenda de bolsillo*, 1'50 y 2 pesetas.

HANDBUCH NEUZEITLICHER WOHNUNGSKULTUR. SCHLAFZIMMER (Manual de la habitación moderna. Dormitorio), por *Abjando Koch*. — Artística y suntuosamente publicada en Darmstadt, esta obra contiene gran número de láminas primorosas, fidedigna reproducción de modelos de mobiliario para

habitaciones modernas, propias para dormitorio, ropero, cuartos de forasteros, de niños, baño, etc., etc., así como de muebles sueltos y de utensilios de servicio y decoración, todo ello de elegantes y razonadas líneas, exentas de la pesadez y amaramiento del mueblaje de otros periodos. Sin relegar al olvido tipos que pertenecieron a otros siglos, entendemos que pueden estimarse como modelos de confort, de buen gusto y de elegancia los ejemplares que reproduce el notable Manual a que nos referimos, con mayor motivo cuando ha de estimarse como una gallarda manifestación de la cultura moderna, que subordinada a un concepto razonable se ajusta a las nuevas creaciones del arte. De ahí que cuando está bien encauzada la corriente no se produce desequilibrio y que, especialmente en los pueblos adelantados, viven en igual atmósfera lo mismo las clases modestas que las poderosas.

# ¿Sufre V. del estómago,

del hígado o de los intestinos? Por la mañana, al levantarse, ¿tiene V. mal gusto o aguas de boca? ¿No tiene V. apetito y le causan repugnancia ciertos alimentos? Después de las comidas, ¿tiene V. dolor o pesadez de cabeza, somnolencia, eructos, plenitud y pesadez de estómago, acidez, vértigos, hinchazón, desvanecimiento, sofocación, palpitaciones, náuseas, indigestiones, vómitos o jaquecas? ¿Tiene usted dolor de estómago, dolor de vientre o dolores en la espalda? ¿Tiene usted diarrea o estreñimiento? ¿Se le pone con frecuencia la garganta irritada, la boca seca o el aliento fétido? ¿Siente usted malestar general, decaimiento o ineptitud para el trabajo? ¿Tiene usted insomnios o pesadillas? ¿Está usted triste, nervioso y melancólico sin que nada le divierta ni le anime? Es porque su estómago está enfermo, porque funciona mal y digiere peor. Tome usted el **GASTROL MIRET**, que normalizando las funciones de su aparato digestivo, le aliviara en seguida y le curará pronto y bien su enfermedad, por rebelde y antigua que sea y aunque se haya resistido a otros tratamientos. Usándole, digerirá con facilidad y sin sentir molestia alguna los alimentos, poniéndolos en condiciones de ser bien absorbidos y asimilados por el organismo, que se nutrirá perfectamente y recuperará la fuerza y el vigor perdidos, desapareciendo rápidamente todas las molestias que le atormenten; porque el **GASTROL MIRET** es un digestivo sin rival, un tónico poderoso, un antiastrálgico eficaz, excelente desinfectante de las vías digestivas y un rápido descongestionador de la mucosa gastro-intestinal. Ensaye usted un frasco y se convencerá de sus maravillosos efectos. Pida y exija precisamente el **GASTROL MIRET** en las principales farmacias y rechace cualquier otro producto o imitación que se le ofrezca en su lugar. A cada frasco acompaña un librito muy interesante para los enfermos del estómago e intestinos, que remito también gratis por correo a quien lo pida. — **NATALIO MIRET**, Farmacéutico, Verdi, 68. Barcelona. — Agente exclusivo para la exportación: JACINTO VIÑAS Y MUXÍ, Barcelona (España).

DE VENTA EN TODAS PARTES

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

## FUMISTERIA CAÑAMERAS



### COCINAS MODERNAS

- GRAN VARIEDAD DE MODELOS
- TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
- ASADORES AUTOMÁTICOS
- TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
- PRESAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1949

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
**BARCELONA**

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

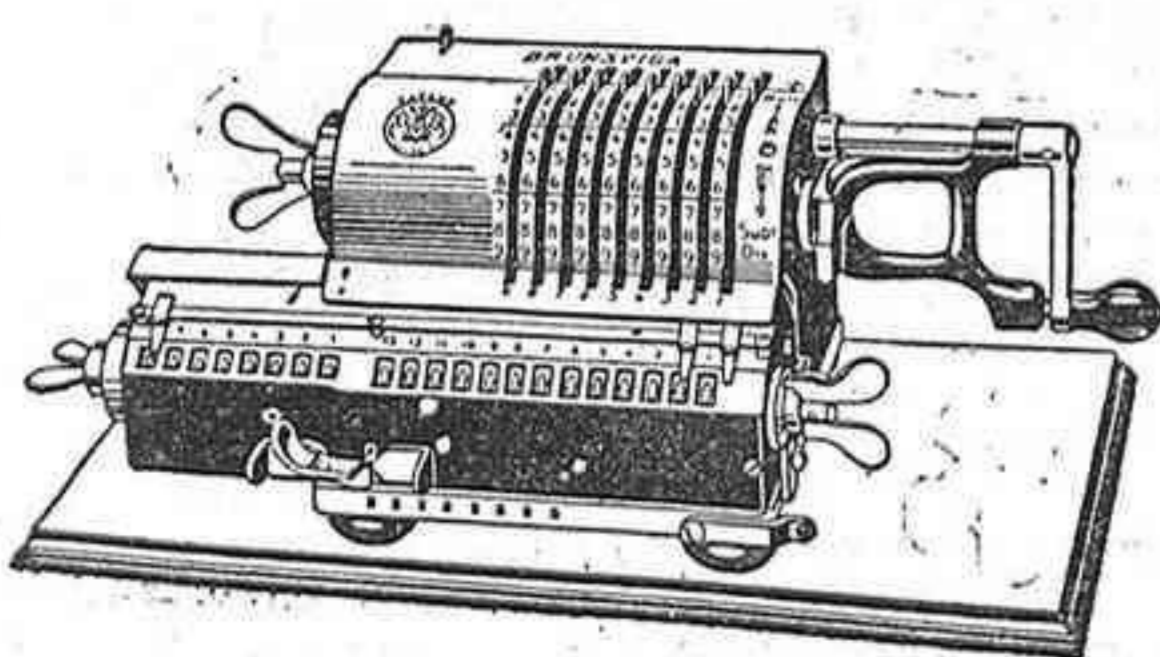


**ZEISS**  
**TESSAR**  
1:3.5    1:4.5    1:6.3  
OBJETIVOS LOS MÁS PROPIOS Y LOS MEJORES PARA VISTAS INSTANTÁNEAS, RETRATOS Y PAISAJES.  
Pídase el prospecto «P. 281» que se envía gratis y franco.  
De venta en los almacenes de aparatos fotográficos.  
**CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA**

Reino de Sajonia.  
**Technikum Mittweida.**  
Director: Profesor A. Holz.  
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaría.

**SELLOS** de caucho y de metal los proporciona  
**P. HERM. SCHULTZE**  
Berlín S.O. 16, Köpnickstr. 113

NUEVA REIMPRESION  
**FABULAS DE ESOPHO**  
traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



## Máquina de calcular

# BRUNSVIGA

Hace toda clase de operaciones aritméticas \* Pídase catálogo

GUILLERMO TRÚNIGER & C. \* BALMES, 7 \* BARCELONA



El Trabajo, friso decorativo original de León Barnechea, que ha sido premiado en un concurso celebrado recientemente por el Círculo de Bellas Artes de Madrid

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS RES  
**JORET-HONOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**INNSBRUCK, TIROL**  
 ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
 HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
 FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

PARA CURAR SIN MOLESTIA  
 CALLOS Y DUREZAS  
**CALICIDA**  
**ESCRIVÁ**  
 ES EL  
 ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

Fecha de 1849 Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa CANDES B<sup>o</sup> St-Denis, 16

PÍDASE PROSPECTO J.A.  
**LEITZ**  
**GEMELOS PRISMÁTICOS**  
 PARA  
 EJÉRCITO Y MARINA  
 VIAJE Y SPORT  
 TEATRO Y CAZA  
 SE VENDEN EN TODOS LOS  
 ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero. El mas activo y economico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

**PLAZA D. LA UNIVERSIDAD 5 MOSAICOS BARCELONA**  
**ORSOLZ SOLZ Y C**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSE** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN